manos, actuando en situaciones tan complejas y precarias, no impusieron a los pueblos, cuya evangelización les encomendaron, ni siquiera la indiscutible superioridad de la lengua griega y de la cultura bizantina, o los usos y comportamientos de la sociedad más avanzada, en la que ellos habían crecido y que necesariamente seguían siendo para ellos familiares y queridos.

Movidos por el ideal de unir en Cristo a los nuevos creyentes, adaptaron a la lengua eslava los textos ricos y refinados de la liturgia bizantina, y adecuaron a la mentalidad y a las costumbres de los nuevos pueblos las elaboraciones sutiles y complejas del derecho grecorromano. Siguiendo el mismo programa de concordia y paz, respetaron en todo momento las obligaciones de su misión, teniendo en cuenta las tradicionales prerrogativas y los derechos eclesiástico fijados por los cánones conciliares...

Habiendo iniciado su misión por mandato de Constantinopla, ellos buscaron, en un cierto sentido, que la misma fuese confirmada dirigiéndose a la Sede Apostólica de Roma, centro de la unidad de la Iglesia. De este modo, movidos por el sentido de su universalidad, edificaron la Iglesia como Iglesia una, santa, católica y apostólica.

14. No parece nada anacrónico el ver en los santos Cirilo y Metodio a los auténticos precursores del ecumenismo por haber querido eliminar o disminuir eficazmente toda verdadera división, o incluso sólo aparente entre cada una de las comunidades pertenecientes a la misma Iglesia.

En efecto, la división que, por desgracia, tuvo lugar en la historia de la Iglesia y desafortunadamente continúa todavía, «contradice abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y daña a la causa santísima de la predicación del Evangelio a todos los hombres» (UR. 4).

La ferviente solicitud demostrada por ambos hermanos, y especialmente por Metodio en razón de su responsabilidad episcopal, por conservar la unidad de la fe y del amor entre las Iglesias de las que eran miembros, es decir, la Iglesia de Constantinopla y la Iglesia romana, por una parte, y las Iglesias nacientes en tierras eslavas, por otra, fue y será siempre su gran mérito.

15. Metodio, especialmente no dudaba en afrontar incomprensiones, contrastes e incluso difamaciones y persecuciones físicas con tal de no faltar a su ejemplar fidelidad eclesial, con tal de cumplir sus deberes adquiridos ante la Iglesia de Bizancio..., ante la Iglesia de Roma... y ante aquella Iglesia naciente en tierras eslavas...

Obrando así, él recurría siempre, como Constantino filósofo, al diálogo con los que eran contrarios a sus ideas o a sus iniciativas pastorales y ponía en duda su legitimidad. De este modo será siempre un maestro para todos aquellos que tratan de atenuar las discordias, respetando la plenitud multiforme de la Iglesia, la cual, según la voluntad de Cristo, debe ser siempre una, santa, católica y apostólica.

Cap. 5.º: SENTIDO CATÓLICO DE LA IGLESIA

16. No es solamente el contenido evangélico de la doctrina anunciada por los santos Cirilo y Metodio lo que merece un particular relieve. Para la Iglesia de hoy es también muy expresivo e instructivo el método catequético y pastoral, que ellos aplicaron en su actividad apostólica entre pueblos que todavía no habían visto celebrar los divinos misterios en su lengua nativa ni habían oído todavía anunciar la palabra de Dios de una manera plenamente afín a su mentalidad y en el respeto de sus propias condiciones de vida.

Y en tema de universalidad, por la que tanto abogaron, los santos apóstoles de los eslavos, el Concilio Vaticano II se expresó así: «Todos los hombres están llamados a formar parte del nuevo pueblo de Dios. Por lo cual este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios...» (LG. 13).

17. Podemos afirmar con toda tranquilidad que una visión así, tradicional y a la vez muy actual, de la catolicidad de la Iglesia —sentida como una sinfonía de las diversas liturgias en todas las lenguas del mundo, unidas a una única liturgia, o como un coro armonioso con las voces de inmensas multitudes, se

eleva para alabanza de Dios— corresponde de modo particular a la visión teológica y pastoral que inspiró la obra apostólica y misionera de Constantino filósofo y de Metodio y favoreció su misión entre las naciones eslavas.

A las argumentaciones históricas y dialécticas que se le presentaban, el santo respondía recurriendo al fundamento inspirado por la Sagrada Escritura: «*Toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre*» (Fil. 2,11), «*póstrese toda la tierra ante Ti y entone salmos a tu nombre*» (Sal. 66,4); «*alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos*» (Sal. 117).

18. La Iglesia es también católica porque sabe presentar en cada contexto humano la verdad revelada, custodiada intacta por ella en su contenido divino, de manera que se haga accesible a los modos de pensar elevados y a las justas aspiraciones de cada hombre y de cada pueblo.

El Evangelio no lleva al empobrecimiento o desaparición de todo lo que cada hombre, pueblo o nación, y cada cultura en la historia, reconocen y realizan como bien, verdad y belleza. Es más, el Evangelio induce a asimilar y desarrollar todos estos valores, a vivirlos con magnanimidad y alegría y a completarlos con la misteriosa y sublime luz de la revelación.

19.La catolicidad de la Iglesia se manifiesta también en la corresponsabilidad activa y en la colaboración generosa de todos en favor del bien común... Al mismo tiempo, ella se afana, en cualquier área geográfica y en cualquier situación histórica, en ganar para Dios a cada hombre y a todos los hombres, para unirlos entre sí y con Él en su verdad y en su amor.

20. El mensaje evangélico, que los santos Cirilo y Metodio tradujeron para los pueblos eslavos, recogiendo sabiamente del tesoro de la Iglesia «cosas antiguas y nuevas», fue transmitido mediante el anuncio y la catequesis en conformidad con las verdades eternas y adaptándolo, al mismo tiempo, a la situación histórica concreta.

Gracias a los esfuerzos misioneros de ambos santos, los pueblos eslavos pudieron, por primera vez, tomar conciencia de su propia vocación y participar en el designio eterno de salvación del mundo.

Cap. 6.º: EVANGELIO Y CULTURA

21. Los hermanos de Salónica eran herederos no sólo de la fe, sino también de la cultura de la antigua Grecia, continuada por Bizancio.

En la obra de evangelización que ellos llevaron a cabo como pioneros en los territorios habitados por los pueblos eslavos está contenido, al mismo tiempo, un modelo de lo que hoy lleva el nombre de «inculturación» —encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas— y, a la vez, la introducción de éstas en la vida de la Iglesia.

Al encarnarse el Evangelio en la peculiar cultura de los pueblos que evangelizaban, los santos Cirilo y Metodio tuvieron un mérito particular en la formación y desarrollo de aquella misma cultura, o mejor, de muchas culturas. En efecto, todas las culturas de las naciones eslavas deben el propio «comienzo» o desarrollo a la obra de los hermanos de Salónica.

Ellos, con la creación, original y genial, de un alfabeto para la lengua eslava, dieron una contribución fundamental a la cultura y a la literatura de todas las naciones eslavas. Además, la traducción de los libros sagrados realizada por Cirilo y Metodio, junto con sus discípulos, confirió capacidad y dignidad cultural a la lengua litúrgica paleoslava, lengua común de las clases más cultas..., y que se usaba también en la Iglesia de la Santa Cruz, de Cracovia, en la que se habían establecido los benedictinos eslavos.

22. En el desarrollo histórico de los eslavos de rito oriental, dicha lengua tuvo un papel similar al de la lengua latina en Occidente; además, ella se ha conservado durante largo tiempo —en parte hasta el siglo XIX— y ha ejercido un influjo mucho más directo en la formación de las lenguas nativas literarias gracias a la estrecha relación de parentesco con ellas.

Cap. 7.º: SIGNIFICADO E IRRADIACIÓN DEL MILENIO CRISTIANO EN EL MUNDO ESLAVO

23. La actividad apostólico-misionera de los santos Cirilo

y Metodio, que se sitúa en la segunda mitad del siglo IX, puede considerarse como la primera evangelización efectiva de los eslavos.

Esta actividad alcanzó, de diversa manera, a cada uno de los territorios principalmente en los de la Gran Moravia de entonces..., y abarcó otros muchos grupos de eslavos occidentales, sobre todo los de Bohemia... y este influjo llegó hasta los territorios de la Polonia meridional.

24. Por medio de la Iglesia bohemia, el cristianismo se introdujo en Polonia desde Roma en la forma latina, y sus orígenes se conectan de algún modo con la obra de los hermanos que partieron de la lejana Salónica, y gracias a su apostolado, se consolidó el cristianismo, radicado desde hacía tiempo en Croacia...

La misión cirilo-metodiana se consolidó y desarrolló maravillosamente en Bulgaria, y luego el cristianismo pasó a Rumanía y a la antigua Rusia...

25. Justamente, por tanto, los santos Cirilo y Metodio fueron muy pronto reconocidos por la familia de los pueblos eslavos, como padres tanto de su cristianismo como de su cultura. Su obra constituye una contribución eminente para la formación de las raíces cristianas de Europa.

Después de once siglos de cristianismo entre los eslavos, constatamos que el legado de los hermanos de Salónica es y sigue siendo para dichos pueblos más profundo y serio que cualquier división. Ambas tradiciones cristianas —la oriental que viene de Constantinopla y la occidental que viene de Roma— surgieron en el seno de la única Iglesia, aunque sobre el entramado de culturas diversas y con una óptica distinta respecto a los mismos problemas.

26. De los dos evangelizadores se puede afirmar que una característica suya fue el amor a la comunión de la Iglesia universal tanto en Oriente como en Occidente y, dentro de ella, a la Iglesia particular que estaba naciendo en las naciones eslavas.

De ellos procede, también para los cristianos y hombres de nuestro tiempo la invitación a *construir juntos la comunión.*

27. Cirilo y Metodio son como los eslavones de unión, o como un puente espiritual, entre la tradición oriental y la occi-

dental, que confluyen en la *única* gran tradición de la Iglesia universal...

CONCLUSIÓN

El Papa termina diciendo: «Conviene, por tanto, que toda la Iglesia celebre con solemnidad y alegría los once siglos transcurridos desde la conclusión de la obra apostólica del primer arzobispo ordenado en Roma para los pueblos eslavos, Metodio, y de su hermano Cirilo, al recordar el ingreso de estos pueblos en la escena de la historia de la salvación y en el número de las naciones europeas, desde los siglos precedentes, habían acogido el mensaje evangélico.

Todos pueden comprender con qué profundo gozo desea participar en esta celebración el primer hijo de la estirpe eslava, después de casi dos milenios, a ocupar la sede episcopal de San Pedro en esta ciudad de Roma.

Y dirigiéndose a la Santísima Trinidad, dice: «Oh Dios grande, uno en Trinidad, yo te entrego el legado de la fe de las naciones eslavas: conserva y bendice esta obra tuya».

¡El futuro! Por más que pueda aparecer humanamente grávido de amenazas e incertidumbres, lo ponemos con confianza en tus manos, Padre celestial, invocando la intercesión de la Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia; y también la de los apóstoles Pedro y Pablo y la de los santos Benito, Cirilo y Metodio, la de Agustín y Bonifacio y la de todos los evangelizadores de Europa...

Quinta Carta Encíclica

DOMINUM ET VIVIFICANTEM

(El Espíritu Santo)

El Espíritu Santo, *Señor y dador de vida,* prometido por Jesús y enviado a los suyos después de la Resurrección, es el alma de la Iglesia e impulsa a todos a cooperar para que se realicen los designios de Dios.

INTRODUCCIÓN

1. La Iglesia profesa su fe en el *Espíritu Santo,* que es *«Señor y dador de vida»*, y es el que nos «habló por los profetas. (Así lo profesa el símbolo de la fe, de los Concilios de Nicea-Constantinopla).

La Iglesia instruida por la palabra de Cristo, partiendo de la experiencia de Pentecostés y de su historia apostólica, proclama desde el principio su fe en el Espíritu Santo, como *aquél que es dador de vida,* aquél *en el que el inescrutable Dios uno y trino se comunica a los hombres,* constituyendo en ellos la fuente de vida eterna.

2. Esta fe, profesada ininterrumpida por la Iglesia (expuesta por los Papas, especialmente, por León XIII, Pío XII, Pablo VI y el Concilio Vaticano II), debe ser siempre fortalecida y profundizada en la conciencia del pueblo de Dios.

En nuestra época, pues, estamos de nuevo *llamados por la fe siempre antigua y siempre nueva de la Iglesia,* a acercarnos al Espíritu Santo, que *es dador de vida.* Nos ayuda a ello y nos

estimula también la herencia común de las *Iglesias orientales*, las cuales han custodiado celosamente las riquezas extraordinarias de las enseñanzas de los padres sobre el Espíritu Santo.

Uno de los acontecimientos eclesiales más importantes de los últimos años ha sido el *XVI centenario del I Concilio de Constantinopla,* celebrado contemporáneamente en Constantinopla y en Roma en la solemnidad de Pentecostés de 1981.

El *Espíritu Santo* ha sido comprendido mejor en aquella ocasión, como la *fuente suprema de la unidad de los cristianos,* unidad que proviene del mismo Dios y a la que San Pablo dio una expresión particular con las palabras con que frecuentemente se inicia la liturgia eucarística: *«La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros»* (2 Cor. 13,13).

De esta exhortación han partido, en cierto modo, y en ellas se han inspirado las precedentes encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia...* y de esta misma exhortación arranca ahora la *presente encíclica sobre el Espíritu Santo*, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria; él es una persona divina que está en el centro de la fe cristiana y es la fuente y fuerza dinámica de la renovación de la Iglesia. Esta encíclica arranca *de la herencia profunda del concilio.*

La Iglesia se siente llamada a esta misión de anunciar el Espíritu mientras, junto con la familia humana, se acerca *al final del segundo milenio después de Cristo.*

Primera parte

EL ESPÍRITU DEL PADRE Y DEL HIJO DADO A LA IGLESIA

Cap. 1.º: PROMESA Y REVELACIÓN DE JESÚS DURANTE LA CENA PASCUAL

3. El Espíritu Santo es *«el Espíritu del Padre»* (Mt. 10,20) y es también *«el Espíritu del Hijo»* (Gál. 4,6). Cuando ya era inminente para Jesús el momento de dejar este mundo, anunció a los apóstoles *«otro Paráclito»* (Jn. 14,16), y la víspera de su Pasión se dirigió a ellos con estas palabras: *«Todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo..., y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad»* (Jn. 14,13.16 s.).

Precisamente a este Espíritu de la verdad, Jesús lo llama el Paráclito (quiere decir «consolador», y también «intercesor» o «abogado»). Y dice que es «otro» Paráclito, el segundo, porque Él mismo, Jesús, es el primer Paráclito (1 Jn. 2,1), al ser el primero que trae y da la Buena Nueva. El Espíritu Santo viene después de Él y gracias a Él, para continuar en el mundo, por medio de la Iglesia, la obra *de la Buena Nueva de la salvación.*

4. Poco después del citado anuncio, añade Jesús: «Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo *enseñará* todo y os lo *recordará* todo lo que yo he dicho» (Jn. 14,26).

Las palabras *«enseñará»* y *«recordará»* significan no sólo que el Espíritu, a su manera, seguirá inspirando la predicación del Evangelio de salvación, sino que también ayudará a com-

prender el justo significado del contenido del mensaje de Cristo. El Espíritu Santo hará que en la Iglesia perdure siempre *la misma verdad* que los apóstoles oyeron de su maestro.

5. Los apóstoles, al transmitir la Buena Nueva, se unirán particularmente al Espíritu Santo. Así sigue hablando Jesús: *«Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de Mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio»* (Jn. 15,26 s.).

Los apóstoles fueron testigos directos y oculares, pues «oyeron» y «vieron con sus propios ojos», «miraron» e incluso «tocaron» con sus propias manos» a Cristo, como se expresa en otro pasaje el mismo evangelista Juan (1 Jn. 1,1-3; 4,14). Este testimonio suyo humano, ocular e «histórico» sobre Cristo se une al testimonio del Espíritu Santo: «Él dará testimonio de Mí».

6. Jesús sigue diciendo: *«Mucho podría deciros aún, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir»* (Jn. 16,12 s.).

Con estas palabras Jesús presenta al Paráclito, el Espíritu de verdad, como el que «enseñará» y «recordará», como el que «dará» testimonio de Él; luego dice: *«Os guiará hasta la verdad completa»*. Este «guiar hasta la verdad completa» se refiere a todo lo que Cristo «hizo y enseñó» y especialmente el anuncio de su cruz y de su resurrección.

7. El Espíritu Santo actúa en la historia del hombre como «otro Paráclito»... La suprema y completa autorrevelación de Dios, que se ha realizado en Cristo, atestiguada mediante la misión del Paráclito invisible, el Espíritu de la verdad. Esta misión del Espíritu está íntimamente relacionada con la misión de Cristo y cuan plenamente se fundamenta en ella, está expresado con el verbo «recibir»: *«recibirá de lo mío y os lo comunicará»*.

Jesús, para explicar la palabra «recibirá», poniendo en clara evidencia la unidad divina y trinitaria de la fuente, añade: *«Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros»* (Jn. 16,15). To-

mando de lo «mío», por eso mismo recibirá de «lo que es del Padre».

A la luz, pues, de aquel «recibirá» se pueden explicar todavía las otras palabras significativas sobre el Espíritu Santo, pronunciadas por Jesús en el cenáculo antes de la pascua: *«Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré; y cuado Él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio»* (Jn. 16,7 s.).

Cap. 2: PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO

8 y 9. Una característica del texto de San Juan es que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son llamados claramente personas; la primera es distinta de la segunda y de la tercera, y éstas también lo son entre sí. Jesús habla del Espíritu Paráclito usando varias veces el pronombre «él», y nos dice que enviará «otro» Paráclito; y al mismo tiempo, en todo el discurso de despedida descubre los lazos que unen recíprocamente al Padre, al Hijo y al Paráclito.

Por tanto *«el Espíritu... procede del Padre»* (Jn. 15,16), y el Padre dará el Espíritu (Jn. 14,16)... y que éste sea una persona lo sabemos claramente porque a Él se le atribuyen las propiedades de «enseñar» (Jn. 14,26), «hablar» (Jn. 16,13), «dar testimonio»... y por la fórmula trinitaria del bautismo (Mt. 28,19).

10. Dios en si vida íntima, «es amor» (1 Jn. 4,8.16(, amor esencial común a las tres personas divinas. El Espíritu Santo es amor personal como Espíritu del Padre y del Hijo. Por esto *«conoce hasta las profundidades de Dios»* (1 Cor. 2,10), como *amor-don increado*. Puede decirse que en el Espíritu Santo la vida íntima de Dios uno y trino se hace enteramente don, intercambio del amor recíproco entre las personas divinas...

Al mismo tiempo, el Espíritu Santo, consustancial al Padre y al Hijo en la divinidad, es amor y don (increado) del que deriva como de una fuente *toda dádiva* a las criaturas (don creado)... *El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»* (Rom. 5,5).

Cap. 3.º: LA DONACIÓN SALVÍFICA DE DIOS POR EL ESPÍRITU SANTO

11. El discurso de despedida de Cristo durante la cena pascual se refiere particularmente a este «dar» y «darse» del Espíritu Santo. En el *evangelio de Juan* se descubre la lógica más profunda del misterio salvífico...

La redención realizada por el Hijo en el ámbito de la historia terrena del hombre —realizada por su «partida» a través de la cruz y resurrección, es al mismo tiempo, en toda su fuerza salvífica, *transmitida al Espíritu Santo:* que «recibirá de lo mío» (Jn. 16,14). Con la «partida» de Cristo comienza *la nueva comunicación salvífica por el Espíritu Santo.*

12. Al comienzo del libro del Génesis leemos: *«Al principio creó Dios los cielos y la tierra... y el Espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas»* (Gén. 1,1 s.). Este concepto bíblico de creación comporta no sólo la llamada del ser mismo del mundo a la existencia, es decir, el *dar la existencia,* sino también la presencia del Espíritu de Dios en la Creación de todos los seres, especialmente al hombre, creado a imagen de Dios...

Dios dijo al criarlo: *«Hagamos al hombre...».* Éste «hagamos» (plural) sugiere de alguna manera el misterio trinitario, la presencia de la Trinidad en la obra de la creación del hombre...

13. Entre el primer inicio de la creación y toda la historia del hombre —empezando por la caída original—, *se ha interpuesto el pecado,* que es contrario a la presencia de Dios en la creación y es, sobre todo, *contrario a la comunicación salvífica de Dios al hombre.* Y a causa del pecado escribe San Pablo: *«La creación está sometida a la vanidad..., gimiendo hasta el presente y sufre dolores de parto... y desea vivamente la revelación de los hijos de Dios»* (Rom. 8,19-22).

14. Por eso Jesucristo dice en el cenáculo: *»Os conviene que yo me vaya», «si me voy os lo enviaré»* (Jn. 16,7). La «partida» de Cristo a través de la cruz tiene la fuerza de la redención, y esto significa también una nueva presencia del Espíritu de Dios en la creación: el nuevo inicio de la comunicación de

Dios al hombre por el Espíritu Santo. «*La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba! ¡Padre!*» (Gál. 4,6).

Cap. 4.º: EL MESÍAS, UNGIDO CON EL ESPÍRITU SANTO

15. La misión del Mesías se realiza completamente al recibir la plenitud del Espíritu Santo para el pueblo elegido de Dios y para toda la humanidad.

«Mesías» literalmente significa «ungido con el Espíritu Santo»... El apóstol Pedro dirá en casa de Cornelio: «*Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea... después que Juan predicó el bautismo; como Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder*» (Hech. 10,37 s.).

El profeta Isaías refiriéndose sin duda al futuro Mesías dice: «*Reposará sobre Él el espíritu del Señor*: Espíritu de sabiduría e inteligencia, etc. (11,1-3).

16. En la antigua alianza la unción era un símbolo externo del don del Espíritu. El Mesías (mucho más que cualquier otro personaje ungido en la antigua alianza) es el único gran *ungido por Dios mismo*. Y así dice el profeta:

«*El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido el Señor*» (Is. 61,1-2). El ungido es *también enviado «con el Espíritu del Señor»*. «*Ahora el Señor Dios me envía con su Espíritu*» (Is. 48,16). Él es el *siervo elegido del Señor*, y es presentado como el veradero varón de dolores: *el Mesías doliente* por los pecados del mundo (Is. 53,5-8).

El profeta presenta al Mesías como aquél que *viene por el Espíritu Santo*, como aquél que posee *la plenitud de este Espíritu en sí* y, al mismo tiempo, *para los demás*, para Israel, para todas las naciones y para toda la humanidad.

17. Conviene subrayar aquí claramente que el «Espíritu del Señor», que se «posa» sobre el futuro Mesías, es ante todo un *don de Dios para la persona* de aquel siervo del Señor.

Tanto en Isaías como en el resto del Antiguo Testamento, la personalidad del *Espíritu Santo* está totalmente «*escondida*»,

escondida en la revelación del único Dios, así como también en el anuncio del futuro Mesías.

18. *Jesucristo se refirió a este anuncio contenido en las palabras de Isaías* al comienzo de su vida pública al entrar en la sinagoga de Nazaret, en la que leyó este pasaje: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido el Señor»*, y después de haber leído este fragmento dijo a los presentes: *«Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy»* (Lc. 4,16-21). De este modo confesó y proclamó ser el que fue «ungido» por el Padre, ser el Mesías, es decir, Cristo en quien mora el Espíritu Santo como don de Dios mismo.

Cap. 5.º: JESÚS DE NAZARET «ELEVADO» POR EL ESPÍRITU SANTO

19. Juan Bautista anunció en el Jordán la venida del Mesías, y anuncia al Mesías-Cristo no sólo como el que «viene» por el Espíritu Santo, sino también como el que «lleva» el Espíritu Santo... Juan no es solamente un profeta, sino también un mensajero, es el precursor de Cristo. Lo que Juan anuncia se realiza a la vista de todos. Jesús de Nazaret va al Jordán para recibir también el bautismo de penitencia. Al ver que llega, Juan proclama: *«He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»* (Jn. 1,29). Dice esto por inspiración del Espíritu Santo (Jn. 1,33 s.), *atestiguando el cumplimiento de la profecía de Isaías,* y al mismo tiempo confiesa la fe en la misión de redentora de Jesús.

Así, por el testimonio de Juan en el Jordán, Jesús de Nazaret, rechazado por sus conciudadanos, es *elevado ante Israel como Mesías,,* es decir, *ungido* por el Espíritu Santo, y en el bautismo es reconocido como Hijo predilecto del Padre (Mt. 3,17).

20. El evangelista San Lucas, que ya ha presentado a Jesús *«lleno del Espíritu Santo»* y *«conducido por el Espíritu en el desierto»* (Lc. 4,1) nos hace saber que, después del regreso de los setenta y dos discípulos de la misión confiada por el maestro» (Lc. 10,17-20), mientras llenos de gozo narraban los fru-

tos de su trabajo, «en aquel momento se *llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo»*...

Este «gozo» impulsó a Jesús a decir: *«Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quien es el Hijo, sino el Padre, y quien es el Padre sino el Hijo y aquél a quien se lo quiera revelar»* (Mt. 11,27).

21. En la magnífica confesión de la paternidad de Dios, Jesús de Nazaret manifiesta a sí mismo su «yo» divino; efectivamente, Él es el Hijo *«de la misma naturaleza»*, pues *«nadie conoce al Padre, sino el Hijo»*, aquel Hijo «por nosotros los hombres y por nuestra salvación» se hizo hombre por obra del Espíritu Santo y nació de una Virgen, cuyo nombre era María.

Cap. 6.º: CRISTO RESUCITADO DICE. «RECIBID EL ESPÍRITU SANTO»

22. En el Antiguo Testamento, desde el *libro del Génesis*, el Espíritu de Dios fue de alguna manera dado a conocer primero como soplo de Dios que da vida, como «soplo vital» sobrenatural.

—*En el libro de Isaías* es presentado como un *«don»* para la persona del Mesías, como el que se posa sobre Él, para guiar interiormente toda su actividad salvífica.

—Junto al Jordán, Jesús de Nazaret es el *que viene por el Espíritu Santo* y lo trae como don propio de su misma *persona*, para comunicarlo a través de la humanidad: *«Él os bautizará en Espíritu Santo»* (Mt. 3,11; Lc. 3,16).

—A la luz de lo que Jesús dice en el cenáculo, el Espíritu Santo es revelado de una manera nueva como una *persona-don*. Jesús anuncia la venida del Espíritu Santo como la de «otro Paráclito», el cual, siendo el Espíritu de verdad, guiará a los apóstoles y a la Iglesia «hacia la verdad completa»...

23. *Los acontecimientos pascuales* —pasión, muerte y resurrección de Cristo— son también el *tiempo de la nueva venida* del Espíritu Santo, como Paráclito y Espíritu de verdad... En el don *hecho por el Hijo* se completan la revelación y la dádiva del amor eterno: el *Espíritu Santo,* que en la inescruta-

ble profundidad de la divinidad es una persona-don, por obra del Hijo, es decir, mediante el misterio pascual, es dado de un modo nuevo a los apóstoles y a la Iglesia, y, por medio de ellos, a la humanidad y al mundo entero.

24. La expresión definitiva de este misterio tiene lugar *el día de la resurrección*. Este día Jesús de Nazaret, *«nacido del linaje de David»*, como escribe el apóstol Pablo, es *«constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos»* (Rom. 1,3 s.). Y después de su resurrección, se apareció Jesús a sus discípulos en medio de ellos cuando estaban en el cenáculo, cerradas las puertas, y les dijo: *«La paz con vosotros»*. Dicho esto les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús repitió: *»La paz con vosotros. Como el Padre me envió,también yo os envío. Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo»* (Jn. 20,19-22).

Cap. 7.º: EL ESPÍRITU SANTO Y LA ERA DE LA IGLESIA

25. El Concilio Vaticano II nos habla del nacimiento de la Iglesia el día de Pentecostés, pues en ese día fue enviado el Espíritu Santo a fin de santificar indefinidamente, y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (Ef. 2,18). Él es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (Jn. 4,13; 7,38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado...

Cristo resucitado vino y «trajo» a los apóstoles el Espíritu Santo. Se lo dio diciendo: *«Recibid el Espíritu Santo»*. Lo que había sucedido *entonces en el interior del cenáculo* «estando las puertas cerradas», más tarde, el día de Pentecostés, es manifestado también al exterior, ante los hombres. Se abren las puertas del cenáculo y los apóstoles se dirigen a los habitantes y peregrinos venidos a Jerusalén con ocasión de la fiesta para dar testimonio de Cristo por el poder del Espíritu Santo...

La era de la Iglesia empezó con la «venida» o bajada del

Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos en el cenáculo de Jerusalén junto con María, la Madre del Señor (Hech. 1,14).

Como dice el Concilio, *«el Espíritu habita en la Iglesia* y en el corazón de los fieles como en un templo (1 Cor. 3,16;6,19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción de hijos (Gál. 4,6). Guía a la Iglesia *a toda verdad* y la gobierna y embellece, y con la fuerza del Evangelio la rejuvenece, la renueva y conduce a la unión consumada con su Esposo (LG. 4).

26. Los pasajes citados por la constitución conciliar *Lumen Gentium* nos indican que, con la venida del Espíritu Santo empezó la era de la Iglesia, y nos indican también que ésta era, la era de la Iglesia, *perdura* a través de los siglos y las generaciones.

Siguiendo la guía del Espíritu de la verdad y dando testimonio junto con Él, el concilio ha dado una especial *ratificación de la presencia del Espíritu Santo Paráclito.* En cierto modo lo ha hecho nuevamente «presente» en nuestra época difícil...

«El Espíritu de Dios... con admirable providencia, *guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra»* (GS. 26).

Segunda parte

EL ESPÍRITU QUE CONVENCE AL MUNDO EN LO REFERENTE AL PECADO

Cap. 1.º: PECADO, JUSTICIA Y JUICIO

27. Cuando Jesús, durante el discurso del cenáculo anuncia la venida del Espíritu Santo «a costa» de su partida y promete: *«si me voy, os lo enviaré»*, precisamente en el mismo contexto añade: *«Y cuando Él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio. En lo referente al pecado, porque no creen en Mí; en lo referente a la justicia, porque me voy al Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el príncipe de este mundo está juzgado»* (Jn. 16,7 s.).

En este pasaje, *«el pecado»* significa la incredulidad que Jesús encontró entre los «suyos», empezando por sus conciudadanos de Nazaret. Significa el rechazo de su misión que llevará a los hombres a condenarlo a muerte.

Cuando Jesús seguidamente habla de *«la justicia»*, parece que piensa en la justicia definitiva, que el Padre le dará rodeándolo con la gloria de la resurrección y de la ascensión al cielo: *«Voy al Padre»*.

A su vez, en el contexto del «pecado» y de la «justicia» entendidos así, *«el juicio»*, significa que el Espíritu de la verdad demostrará la culpa del «mundo» en la condena de Jesús a la muerte de cruz...

28. Notemos que la misión del Espíritu Santo es *«convencer al mundo en lo referente al pecado»*, mas como Cristo no vino al mundo sólo para juzgarlo y condenarlo, sino que «vino para salvarlo» (Jn. 3,17), el convencer en lo referente al peca-

do y a la justicia tiene como finalidad la salvación del mundo y la salvación de los hombres.

El «convencer en lo referente al pecado», *se refiere constantemente a la «justicia»*, es decir, a la salvación definitiva en Dios, al cumplimiento de la economía que tiene como centro a Cristo crucificado y glorificado. Y esta *economía salvífica de Dios*, sustrae, en cierto modo, al hombre del *«juicio» o sea, de la condenación,* con la que ha sido castigado el pecado de Satanás, *«príncipe de este mundo»*, quien, por razón de su pecado, se ha convertido en *«denominador de este mundo tenebroso»* (Ef. 6,12).

29. Todas las palabras, pronunciadas por el Redentor en el cenáculo la víspera de su pasión *se inscriben en la era de la Iglesia*; ante todo, las dichas sobre el Espíritu Santo como Paráclito y Espíritu de la verdad, que deberá *«convencer al mundo en lo referente al pecado, a la justicia y al juicio».*

Esto lo señala ya el texto en el que *el concilio explica cómo entiende el «mundo»*: «Tiene, pues, ante sí la Iglesia (el mismo Concilio) al mundo, esto es, la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo, que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, *esclavizado bajo la servidumbre del pecado,* pero *liberado por Cristo*, crucificado y resucitado, *roto el poder del demonio* para que el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación» (GS. 2):

Cuando Jesús, la víspera de pascua, habla del Espíritu Santo, que «convencerá al mundo en lo referente al pecado», se debe dar a esta afirmación *el alcance más amplio posible,* porque comprende el conjunto de los pecados en la historia de la humanidad.

La revelación del misterio de la redención abre el camino a una comprensión en la que *cada pecado*, realizado en cualquier lugar y momento, hace referencia a la cruz de Cristo y, por tanto, indirectamente también al pecado de quienes «no han creído en él», condenando a Jesucristo a la muerte de cruz.

Desde este punto de vista es conveniente volver al acontecimiento de Pentecostés.

Cap. 2.º: EL TESTIMONIO DEL DÍA DE PENTECOSTÉS

30. El día de Pentecostés, sobre los apóstoles recogidos en oración junto a María, Madre de Jesús, *bajo el Espíritu Santo prometido,* como leemos en los *Hechos de los Apóstoles: «Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse* (Hech. 2,4).

En Cristo descubrimos el primero y fundamental cumplimiento de la promesa del Paráclito. Éste viene enviado por el Padre, *«después» de la partida de Cristo,* como «precio» de ella. Ésta es primero una partida a través de la muerte de cruz y, luego, cuarenta días después de la resurrección, con su ascensión al cielo.

Aun en el momento de la ascensión Jesús mandó a los apóstoles *«que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la promesa del Padre»; «seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días»; «recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra»* (Hech. 1,4 ss.). Y el día de Pentecostés este anuncio se cumplió fielmente.

Actuando bajo el influjo del Espíritu Santo, recibido por los apóstoles, Pedro valientemente se dirige a una muchedumbre de diversas lenguas allí congregadas y les dice: *»Israelitas... Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales..., a Éste, que fue entregado..., vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por manos de los impíos; a Éste, pues, Dios lo resucitó...»* (Hech. 2,22-24).

Jesús había anunciado y prometido: *«El dará testimonio de mí..., pero también vosotros daréis testimonio».* En el primer discurso de Pedro en Jerusalén este «testimonio» *encuentra su claro comienzo:* es el testimonio sobre Cristo crucificado y resucitado... El Espíritu de la verdad, por boca de Pedro *«convence al mundo en lo referente al pecado»,* que supone el rechazo de Cristo hasta la condena a muerte y hasta la cruz en el Gólgota.

31. El mismo «convencer en lo referente al pecado» manifiesta la propia dimensión salvífica. En efecto, es un «convencimiento» que no tiene como finalidad *la mera acusación* del mundo, ni mucho menos *su condena*. Jesucristo no ha venido al mundo para juzgarlo y condenarlo, sino *para salvarlo* (Jn. 3,17). Esto está ya subrayado en este discurso de San Pedro. «Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (Hech. 2,36).

Y a continuación, cuando los presentes preguntan a Pedro y a los demás apóstoles: *«¿Qué hemos de hacer, hermanos?»*, él responde: *«Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo»* (Hech. 2,37).

Cuando Pedro, durante el acontecimiento de Pentecostés, habla *del pecado de aquellos que «no creyeron»* (Jn. 16,9) y entregaron a una muerte ignominiosa a Jesús de Nazaret, da testimonio de la victoria sobre el pecado; victoria que se ha alcanzado, en cierto modo, mediante el pecado más grande que el hombre podía cometer: *la muerte de Jesús, Hijo de Dios, consustancial al Padre.*

De modo parecido, la muerte del Hijo de Dios vence la muerte humana: *«Seré tu muerte, o muerte»* (1 Cor. 15,55).

32. Al convencer al «mundo» del pecado del Gólgota —la muerte del Cordero inocente—, como sucede el día de Pentecostés, el Espíritu Santo convence también de todo pecado cometido en cualquier lugar y momento de la historia del hombre, *pues demuestra su relación con la cruz de Cristo.* El «convencer» es la demostración del mal del pecado, de todo pecado en relación con la cruz de Cristo... El hombre no puede ser «convencido» de ello si no es *por el Espíritu Santo*: Espíritu de verdad y, a la vez, Paráclito.

Cap. 3.º: EL TESTIMONIO DEL PRINCIPIO: LA REALIDAD ORIGINARIA DEL PECADO

33. El pecado de Adán constituye *el principio y raíz de to-*

dos los demás, y en este pecado comienza *el misterio de la impiedad...* San Pablo a la «desobediencia» del primer Adán *contrapone la «obediencia»* de Cristo, segundo Adán: «La obediencia hasta la muerte» (Rom. 5,19; Fil. 2,8).

Según el testimonio del principio, el pecado en realidad originario se dio en la voluntad —y en la conciencia—, es decir, como oposición de la voluntad del hombre a la voluntad de Dios. Esta desobediencia originaria presupone el rechazo o, por lo menos, *el alejamiento de la verdad contenida en la palabra* de Dios, que crea el mundo. Esta palabra es el mismo Verbo, que «en principio estaba en Dios» y que «era Dios» y sin él «no se hizo nada de cuanto existe», porque «el mundo fue hecho por Él» (Jn. 1,1 ss.).

En la raíz del pecado humano está la mentira como radical *rechazo de la verdad* contenida en el Verbo del Padre, mediante el cual se expresa la amorosa omnipotencia del Creador: la omnipotencia y a la vez el amor de Dios Padre, «creador del cielo y la tierra».

34. El *«Espíritu de Dios»*, que, según la descripción bíblica de la creación, «aleteaba por encima de las aguas» (Gén, 1,2), indica el mismo «Espíritu que sondea hasta las profundidades de Dios», *sondea las profundidades del Padre y del Verbo-Hijo* en el misterio de la creación. No sólo es el testigo directo de su mutuo amor, del que deriva la creación, sino que él mismo es este amor. Él mismo, como amor, es el eterno don increado. En Él se encuentra *la fuente y el principio de toda dádiva a las criaturas...*

35. Por consiguiente, el Espíritu, que *«todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios»,* conoce desde el principio *«lo íntimo del hombre»* (1 Cor. 2,10). Por esto precisamente sólo Él *puede plenamente «convencer en lo referente al pecado» que se dio en el principio*, pecado que es la raíz de todos los demás y foco de la pecaminosidad del hombre en la tierra, que no se apaga jamás.

El Espíritu de la verdad conoce la realidad originaria del pecado, causado en la voluntad del hombre por obra del *«padre de la mentira»* —de aquél que ya «está juzgado» (Jn. 16,11). El Espíritu Santo convence, por tanto, al mundo en lo referente al pe-

cado en relación a este «juicio», pero constantemente *guiando hacia la «justicia»* ha sido revelada al hombre junto con la cruz en Cristo, mediante «la obediencia hasta la muerte» (Fil. 2,8).

36. El pecado en su forma originaria, es entendido como «desobediencia», lo que significa simple y directamente *transgresión de una prohibición puesta por Dios* (Gén. 2,16 s)...

La «desobediencia» significa precisamente pasar aquel límite que permanece insuperable a la voluntad y a la libertad del hombre como ser creado. Dios creador es, en efecto, la fuente única y definitiva del orden moral en el mundo creado por él... La «desobediencia», como dimensión originaria del pecado, significa *rechazo de esta fuente* por la pretensión del hombre de llegar a ser fuente autónoma y exclusiva en decidir sobre el bien y el mal.

37. Según el testimonio, Dios en la creación se ha revelado a sí mismo como omnipotencia que es amor. Al mismo tiempo ha revelado al hombre que, como «imagen y semejanza» de su creador, *es llamado a participar de la verdad y del amor.* Esta participación significa una vida en unión con Dios, que es la «vida eterna». Pero el hombre, bajo la influencia del «padre de la mentira», se ha separado de esta participación...

Esta desobediencia significa dar la *espalda a Dios* y, en cierto modo, el *cerrarse* de la libertad humana ante Él, y abrirse hacia el que es «padre de la mentira»...

38. El análisis del pecado en su dimensión originaria indica que, por parte del «padre de la mentira», *se dará a lo largo de la historia de la humanidad una constante presión al rechazo de Dios por parte del hombre,* hasta llegar al odio: «Amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios», como se expresa San Agustín.

Cap. 4.º: EL ESPÍRITU QUE TRANSFORMA EL SUFRIMIENTO EN AMOR SALVÍFICO

El Espíritu que sondea las profundidades de Dios, ha sido llamado por Jesús el *Paráclito*. En efecto, *desde el comienzo «es invocado» para convencer al mundo en lo referente al pe-*

cado». Es invocado de modo definitivo a través de la cruz de Cristo. Convencer en lo referente al pecado quiere decir demostrar el mal contenido en él. Lo que equivale a revelar *el misterio de la impiedad.*

El «convencer en lo referente al pecado», significa también *el revelar el sufrimiento,* consecuencia del pecado, que *es una ofensa a Dios.*

Ante esta ofensa, ante el pecado del hombre, según el lenguaje bíblico, se da en Dios un amor de Padre, que reacciona hasta el punto de exclamar: *«Estoy arrepentido de haber hecho al hombre», «viendo el Señor que la maldad del hombre cundía en la tierra..., le pesó de haber hecho al hombre»* (Gén. 6,5-7); mas luego la Biblia nos habla de un Padre que tiene compasión por el hombre como compartiendo su dolor y termina anunciando *su amor redentor en Jesucristo,* para que, por medio del *misterio de piedad*, en la historia del hombre el amor pueda revelarse más fuerte que el pecado, para que prevalezca el «don».

40. El valor redentor del sacrificio de Cristo, por el que el pecado ha sido vencido, ha sido expresado con palabras significativas en la *Carta a los Hebreos*, en la que después de recordarnos los sacrificios de la antigua alianza, en que *«si la sangre de machos cabríos y toros... santifican en orden a la purificación»*, añade: *«cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo»* (Heb. 9,13 s.).

En efecto, es un sacrificio ofrecido *con (=por obra de) un Espíritu Eterno,* que «saca» de él la fuerza de «convencer n lo referente al pecado» en orden a la salvación.

41. En el Antiguo Testamento se habla varias veces del «fuego del cielo», que quemaba los sacrificios presentados por los hombres (Lev. 9,24). Por analogía se puede decir que el Espíritu Santo es el *«fuego del cielo» que actúa en lo más profundo del misterio de la cruz.* Proveniendo del Padre, ofrece al Padre el sacrificio del Hijo, introduciéndolo en la *divina realidad de la comunión trinitaria.*

Si el pecado ha engendrado el sufrimiento, ahora el dolor

de Dios en Cristo crucificado recibe su plena expresión humana por medio del Espíritu Santo... El Espíritu Santo, como amor y don, *desciende en cierto modo, al centro mismo del sacrificio* que se ofrece en la cruz... Y dado que el sacrificio de la cruz es un acto propio de Cristo, también en este sacrificio Él *«recibe» el Espíritu Santo*, y lo recibe de tal manera que después —Él sólo con Dios Padre— puede *«darlo» a los apóstoles, a la Iglesia y a la humanidad.*

Cap. 5.º: «LA SANGRE QUE PURIFICA LA CONCIENCIA»

En el culmen del misterio pascual, el Espíritu Santo es revelado definitivamente y hecho presente de un modo nuevo. Las palabras pronunciadas por Cristo resucitado «el primer día de la semana», *ponen especialmente de relieve esta presencia del Paráclito consolador.* Entonces Jesús confirió a los apóstoles el poder de perdonar los pecados, para que lo transmitan a sus sucesores en la Iglesia con estas palabras: *«Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»* (Jn. 20,22-23).

Sin embargo, este poder concedido a los hombres presupone e implica la acción salvífica del Espíritu Santo... Bajo el influjo del Paráclito se realiza *la conversión del corazón humano*, que es condición indispensable para el perdón de los pecados.

Las primeras palabras pronunciadas por Jesús al comenzar su ministerio fueron éstas: *«Convertíos y creed en la Buena Nueva»*, o sea, en el Evangelio (Mc. 1,15). La confirmación de esta exhortación es el «convencer en lo referente al pecado» que el Espíritu Santo emprende manera nueva en virtud de la redención, realizada por la sangre del Hijo del hombre. Esta «sangre purifica nuestra conciencia» (Heb. 9,14).

43. El Concilio Vaticano II nos recuerda la enseñanza católica sobre la conciencia al hablar de la vocación del hombre y de la dignidad de la persona humana. La conciencia «es la voz de Dios», es «el núcleo más secreto y *el sagrario del hombre*, en el que ésta se siente a solas con Dios, cuya voz resuena

en el recinto más íntimo. Esta voz dice claramente a «los oídos de su corazón advirtiéndole... haz esto, evita aquello»...

Fruto de la recta conciencia es ante todo, *el llamar por su nombre al bien y al mal,* como hace la constitución pastoral: «Cuanto atenta contra la vida —homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado—, cuanto viola la integridad de la persona, como por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas... Todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, que degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador» (GC. 27).

44. Jesucristo, víspera de su pasión, se refirió al Espíritu Santo como el que atestigua que *en la historia de la humanidad perdura el pecado.* Sin embargo, el pecado *está sometido al poder salvífico de la redención.*

El «convencer en lo referente al pecado» que acompaña a la conciencia humana en toda reflexión profunda sobre sí misma, lleva al descubrimiento de sus raíces en el hombre, así como de sus influencias en la misma conciencia en el transcurso de la historia, encontrando de este modo la realidad originaria del pecado... Pero el Espíritu Santo Paráclito «convence en lo referente al pecado» *siempre en relación con la cruz de Cristo.*

45. Reconocer el mal en uno mismo, a menudo cuesta mucho. Se sabe que *la conciencia* no sólo manda o prohíbe, sino que juzga a la luz de las órdenes y de las prohibiciones interiores. Es también *fuente de remordimiento:* el hombre sufre interiormente por el mal cometido.

Cuando el Espíritu de la verdad permite a la conciencia humana *la participación en aquel dolor,* entonces el sufrimiento de la conciencia es particularmente profundo y también salvífico, pues por medio de un acto de contrición perfecta se realiza la auténtica conversión del corazón: es la «metanoia» evangélica... Mediante esta conversión en el Espíritu Santo, *el hombre se abre al perdón y a la remisión de los pecados.*

Cap. 6.º: EL PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO

Unas palabras impresionantes y desconcertantes de Jesús, son las que se refieren al pecado llamado «blasfemia contra el Espíritu Santo», y que podríamos llamar *las palabras del «no-perdón»*. San Mateo las refiere así: *«Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y al que diga una palabra contra del Hijo del hombre se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro»* (L2,31-32).

La blasfemia contra el Espíritu Santo consiste *en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo* o sea, en el rechazo radical de aceptar la remisión de los pecados.

Si Jesús afirma que la blasfemia contra el Espíritu Santo no puede ser perdonada ni en esta vida ni en la futura, es porque esta *«no-remisión»* está unida como causa suya, a la *«no-penitencia»*, es decir, al rechazo radical del convertirse, y viene a ser el reivindicar un pretendido *«derecho de perseverar en el mal»*.

Notemos que no dice el Señor *no podrá* serle perdonado, sino que *no se le perdonará*, porque no se arrepentirá.

47. La acción del Espíritu de verdad, que tiende al salvífico «convencer en lo referente al pecado» encuentra en el hombre que se halla en esta condición una resistencia interior, que la Escritura suele llamar «dureza de corazón».

En nuestro tiempo a esta actitud de mente y corazón corresponde quizá la *pérdida del sentido del pecado,* que es el pecado de nuestro siglo, como dijo Pío XII, y esta pérdida está acompañada por la «pérdida del sentido de Dios».

La Iglesia, por consiguiente, no cesa de implorar a Dios la gracia de que no disminuya la *rectitud en las conciencias humanas*, que no se atenúe su sana *sensibilidad* ante el bien y el mal.

48. San Agustín se expresa así: Por un lado existe el «amor de uno mismo hasta el desprecio de Dios»; por otro, existe el

«amor de Dios hasta el desprecio de uno mismo». La Iglesia eleva sin cesar su oración y ejerce su ministerio para que la historia de las conciencias y la historia de las sociedades en la gran familia humana *no se bajen al polo del pecado* con el rechazo de los mandamientos de Dios «hasta el desprecio de Dios», sino que, por el contrario, *se eleven hacia el amor* en el que se manifiesta el Espíritu que da la vida.

Tercera parte

EL ESPÍRITU QUE DA LA VIDA

Cap. 1.º: MOTIVO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000: CRISTO, QUE FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO

49. *El pensamiento y el corazón de la Iglesia se dirigen al Espíritu Santo* al final del siglo XX y en la perspectiva del tercer milenio de la venida de Jesucristo al mundo, mientras miramos al gran jubileo con el que la Iglesia celebrará este acontecimiento.

La medida del tiempo usada comúnmente determina los años, siglos y milenios según transcurran antes o después del nacimiento de Cristo. Pero hay que tener también presente que para nosotros, los cristianos, este acontecimiento significa, según el apóstol, la «plenitud de los tiempos», porque a través de ellos Dios mismo con su «medida», penetró completamente en la historia del hombre.

San Pablo nos dice: «Al llegar *la plenitud de los tiempos*, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer... para que recibiéramos la filiación» (Gál. 5,4 s.). Y esta encarnación del Hijo-Verbo tuvo lugar *«por obra del Espíritu Santo»*.

De este misterio nos hablan San Lucas y San Mateo. *San Lucas* nos dice que María en la anunciación del nacimiento de Jesús, preguntó: *«¿Cómo será esto, pues no conozco varón?»*, recibió esta respuesta: *«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios»* (Lc. 1,34-35).

San Mateo narra directamente el nacimiento de Jesucristo. San José a las señales de maternidad en María se turbó, y recibió en

sueños esta explicación: *«No temas tomar contigo a María, tu esposa, porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados»* (Mt. 1,20 ss.).

Por esto la Iglesia desde el principio profesa el *misterio de la encarnación*, misterio-clave de la fe, *refiriéndose al Espíritu Santo.*

El *símbolo apostólico* dice: «Que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo: nació de santa María virgen». Se hizo, pues, hombre el Hijo de Dios. Esto es lo que se realizó «al llegar la plenitud de los tiempos».

50. *El gran jubileo*, que concluirá el segundo milenio al que la Iglesia ya se prepara, tiene directamente una *dimensión cristológica*, porque e trata de celebrar el nacimiento de Jesucristo, y además tiene una *dimensión pneumatológica,* porque el misterio de la encarnación se realizó «por obra del Espíritu Santo».

En efecto, la concepción y el nacimiento de Jesucristo son la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación: la suprema gracia —«la gracia de la unión»—, fuente de todas las demás gracias, como explica Santo Tom.as. A esta obra se refiere el gran jubileo y se refiere también si penetramos en su profundidad— el artífice de esta obra: *la persona del Espíritu Santo.*

51. La Iglesia no puede *prepararse* al gran jubileo de otro modo, *si no es por el Espíritu Santo.* Lo que «en la plenitud de los tiempos» se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia.

«¡Feliz la que ha creído!» (Lc. 1,45), así es saludada María por su parienta Isabel, que también estaba «llena de Espíritu Santo» (Lc. 1,41). En las palabras de saludo *a la que «ha creído»* parece vislumbrarse un lejano (pero en realidad muy cercano) contraste con todos aquellos de los que Cristo dirá que «no creyeron» (Jn. 16,9).

Cap. 2.º: MOTIVO DEL JUBILEO: SE HA MANIFESTADO LA GRACIA

52. *La obra del Espíritu «que da vida»* alcanza su culmen en el misterio de la encarnación... y con este misterio se abre de un modo nuevo la *fuente* de esta *vida divina en la historia de la humanidad:* el Espíritu Santo.

«La palabra se hizo carne; (aquella palabra en la que) *estaba la vida,* y la vida era la Luz de los hombres... A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse *hijos de Dios»* (Jn. 1,14.4.12). Pero todo esto se realizó y sigue realizándose incesantemente «por obra del Espíritu Santo».

«Hijo de Dios» son, en efecto, como enseña el apóstol, *«los que* son guiados por el Espíritu de Dios» (Rom. 8,14)... Pero el nacimiento, o el nacer de nuevo, tiene lugar cuando Dios *«ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo»* (Gál. 4,6). Entonces realmente «recibimos un Espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: «¡Abba!, ¡Padre! (Rom. 8,15). Por tanto aquella filiación divina, inserta en el alma humana con la gracia santificante, es obra del Espíritu Santo... La gracia santifica es en el hombre el principio y la fuente de la nueva vida: vida divina y sobrenatural.

53. Siguiendo el tema del jubileo, no es posible limitarse a los dos mil años transcurridos desde el nacimiento de Cristo. Hay que mirar *atrás*, comprender toda la acción del Espíritu Santo aun antes de Cristo: *desde el principio* en todo el mundo y, especialmente, en la economía de la antigua alianza..., pero siempre en perspectiva del gran jubileo, debemos mirar más adelante y caminar «hacia el mar abierto», conscientes de que «el viento sopla donde quiere» (Jn. 3,8)... y habla a todos los hombres de buena voluntad...

54. «Dios es espíritu, y los que adoran deben adorar *en espíritu y verdad»* (Jn. 4,24)... El gran jubileo, que se celebrará al final de este milenio y al comienzo del que viene, ha de constituir una fuerte llamada dirigida a todos los que *«adoran a Dios en espíritu y verdad».*

«Dios es espíritu», que no sólo está cercano a este *mundo*, sino que está *presente* en él, y, en cierto modo, *inmanente*, lo

penetra y vivifica desde dentro. Esto sirve especialmente para el hombre: Dios está en lo íntimo de su ser... La presencia divina en el mundo y en el hombre se ha manifestado de modo nuevo y de forma visible en Jesucristo. Verdaderamente, en él «se ha manifestado la gracia» (Tim. 2,11)... y mediante él se ha realizado por obra del Espíritu Santo...

Cap. 3.º: EL ESPÍRITU SANTO EN EL DRAMA INTERNO DEL HOMBRE. LA CARNE TIENE APETENCIAS CONTRARIAS AL ESPÍRITU, Y EL ESPÍRITU CONTRARIAS A LA CARNE

55. En el hombre en cuanto *ser compuesto*, espiritual y corporal, existe una cierta tensión, tiene lugar una cierta lucha entre el «espíritu» y la «carne». Pero esta lucha pertenece de hecho a la herencia del pecado, del que es una consecuencia y, a la vez, una confirmación. A las obras de la carne: fornicación, impureza, libertinaje, embriaguez, odios, etc., que son obras malas, el apóstol contrapone «el fruto del Espíritu»: *«Amor, alegría, paz, paciencia, dominio de sí...»*, que son obras buenas (Gál. 5, 16 ss.).

Nuestra manera de obrar ha de ser vivir según el Espíritu y no dar satisfacciones a las apetencias de la carne. *«Si vivís según la carne, moriréis. Pero si con el Espíritu hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis»* (Om. 8).

56. Como dice San Pablo: *«La carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu tiene apetencias contrarias a la carne»*; mas el que quiere vivir según el Espíritu, aceptando y correspondiendo a su acción salvífica, no puede dejar de rechazar las tendencias y pretensiones internas y externas de la «carne», incluso en su expresión ideológica e histórica de «materialismo» antirreligioso.

En esta perspectiva tan característica de nuestro tiempo se deben subrayar las «apetencias del espíritu» en los preparativos del gran jubileo, como llamadas que resuenan en la noche de un nuevo tiempo de adviento, donde al final, como hace dos mil años, *«todos verán la salvación de Dios»* (Lc. 3,6; Is. 40,5).

Esta es una posibilidad y una esperanza que la Iglesia confía a los hombres de hoy.

57. En esta contraposición de San Pablo entre el «espíritu» y la «carne» está también incluida la contraposición entre la «vida» y la «muerte». Éste es un grave problema sobre el que se debe decir ahora que el materialismo, como sistema de pensamiento en cualquiera de sus versiones, significa la *aceptación de la muerte* como *final* definitivo *de la existencia humana.*

Si el hombre en su esencia es sólo «carne», para el que así piensa no hay un más allá y su vida es un «existir para morir»... Por eso en el horizonte de nuestra época se vislumbran «signos de muerte», como el quitar la vida a seres humanos aún antes de su nacimiento o por otras causas, el promover nuevas guerras que privan de la vida o de la salud a a centenares de miles de hombres, los atentados a la vida humana por parte del terrorismo...; mas a pesar del *cuadro de muerte, queda la certeza cristiana* de que el viento sopla donde quiere, de que nosotros poseemos «las primicias del Espíritu», y que, por tanto, podemos estar también sujetos a los sufrimientos del tiempo que pasa, pero *«gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo»* (Rom. 8,23), esto es, de nuestro ser humano, corporal y espiritual, y con la esperanza de acercarnos a Dios que es Espíritu, y que Él *«viene en ayuda de nuestra flaqueza»* (Rom. 8,26).

Cap. 4.°: EL ESPÍRITU SANTO FORTALECE EL «HOMBRE INTERIOR»

58. El misterio de la resurrección y de Pentecostés es anunciado y vivido por la Iglesia, que es la heredera y continuadora del testimonio de los apóstoles sobre la resurrección de Jesucristo, en la que el Espíritu Paráclito se reveló sobre todo como el que da la vida: *«Aquél que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros»* (Rom. 8,11).

En nombre de la resurrección de cristo, la Iglesia anuncia la vida, que se ha manifestado más allá del límite de la muerte,

la vida que es más fuerte que la muerte. Al mismo tiempo, anuncia *al que da la vida:* el Espíritu *vivificante;* lo anuncia y coopera con él en dar la vida.

Mediante el don de la gracia que viene del Espíritu el hombre entra en *«una vida nueva»*, es introducido en la realidad sobrenatural de la misma vida divina y llega a ser «santuario del Espíritu Santo», *«templo vivo de Dios»* /Rom. 8,9; 1 Cor. 6,19). En efecto por el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo vienen al hombre y ponen en él su morada (Jn. 14,23).

59. *En la perspectiva del año dos mil* desde el nacimiento de Cristo se trata de conseguir que un número cada vez mayor de hombres «puedan encontrar su propia plenitud... en la entrega sincera de sí mismos a los demás», según frase del Concilio.

Que bajo la acción del Espíritu Paráclito se realice en nuestro mundo el proceso de verdadera fe en la humanidad, en la vida individual y comunitaria por el cual Jesús mismo «cuando ruega al Padre *que todos sean uno, como nosotros también somos uno»* (Jn. 17,21-22), sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los *hijos de Dios en la verdad y en la caridad»* (GS. 24).

60. Cuando, bajo el influjo del Paráclito, los hombres descubren la dimensión divina de su ser y de su vida, ya sea como personas, ya sea como comunidad, son capaces de *liberarse de los diversos determinismos* derivados principalmente de las bases materialistas del pensamiento, de la praxis y de su respectiva metodología.

En nuestra época estos factores han logrado penetrar hasta lo más íntimo del hombre, en el santuario de la conciencia, donde el Espíritu Santo infunde constantemente la luz y la fuerza de la vida nueva según la libertad de los hijos de Dios.

El gran jubileo del año 2000 contiene un mensaje de liberación por obra del Espíritu, que es el único que puede ayudar a las personas y a las comunidades a liberarse de los viejos y nuevos determinismos, guiándolos con *«la ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús»* (Rom. 8,2), descubriendo y realizando la plena dimensión de la verdadera libertad del hombre. En efecto, —como escribe San Pablo—, *«donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad»* (2 Cor. 3,17).

Cap. 5.º: LA IGLESIA, SACRAMENTO DE LA UNIÓN ÍNTIMA CON DIOS

61. Acercándose el final del segundo milenio, que a todos debe recordar y casi hacer presente de nuevo la venida del Verbo en la plenitud de los tiempos, *la Iglesia,* una vez más, *trata de penetrar en la esencia misma de su constitución divino-humana* y de aquella *misión* que la hace participar de la misión mesiánica de Cristo, según la enseñanza y el plan siempre válido del Concilio Vaticano II.

Siguiendo esta línea, podemos remontarnos al cenáculo donde Jesucristo revela el Espíritu Santo como Paráclito, como Espíritu de verdad, y habla de su propia «partida» mediante la cruz como condición necesaria de su «venida»: *«Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré»* (Jn. 16,7).

62. La expresión sacramental más completa de la partida de Cristo por medio del misterio de la cruz y de la resurrección es la *Eucaristía.* En ella se realiza sacramentalmente cada vez su venida y su presencia salvífica: en el sacrificio y en la comunión. Se realiza por obra del Espíritu Santo, dentro de su propia misión.

Mediante la Eucaristía *el Espíritu Santo realiza* aquel *«fortalecimiento del hombre interior»* del que habla la Carta a los Efesios (3,16). Mediante la Eucaristía, las personas y comunidades, bajo la acción del Paráclito consolador, aprenden a descubrir el sentido divino de la vida humana, aludido por el Concilio: el sentido por el que Jesucristo «revela plenamente el hombre al hombre», sugiriendo «una cierta *semejanza entre la unión de las personas divinas* y la unión *de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad»* (GS. 24).

63. La presencia eucarística de Cristo, su sacramental «estoy con vosotros», permite a la Iglesia *descubrir* cada vez más profundamente su *propio misterio,* como atestigua toda la eclesiología del Concilio Vaticano II, para el cual «la Iglesia es en Cristo un sacramento, o sea, signo o instrumento de la unión íntima con Dios y de unidad de todo el género humano» (LG. 1).

64. Si la Iglesia es el sacramento de la unión íntima con Dios, lo es en Jesucristo, en quien esta misma unión se verifica *como realidad salvífica.* Lo es en Jesucristo, por obra del Espíritu Santo. La plenitud de la realidad salvífica, que es Cristo en la historia, *se difunde* de modo sacramental *por el poder del Espíritu Paráclito.*

De este modo, el Espíritu Santo es «el otro Paráclito» o «nuevo consolador porque, mediante su acción, la buena nueva toma cuerpo en las conciencias y en los corazones humanos y se difunde en la historia. En todo está el Espíritu Santo que da la vida.

Cap. 6.º: EL ESPÍRITU Y LA ESPOSA DICEN. «¡VEN!»

65. *El soplo de la vida divina,* el Espíritu Santo, en su manera más simple y común, se manifiesta y *se hace sentir en la oración.* Es hermoso y saludable pensar que, en cualquier lugar del mundo se ora, allí está el Espíritu Santo, soplo vital de la oración. Es hermoso y saludable reconocer que si la oración está difundida en todo el orbe, en el pasado, en el presente y en el futuro, de igual modo está extendida la presencia y la acción del Espíritu Santo, que «alienta la oración en el corazón del hombre...».

«Si, pues, vosotros siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan» (Lc. 11,13). El Espíritu es el don, que viene al corazón del hombre junto *con la oración.*

Nuestra difícil época tiene especial necesidad de la oración. Si en el transcurso de la historia —ayer como hoy— muchos hombres y mujeres han dado testimonio de la importancia de la oración, consagrándose a la alabanza a Dios y a la vida de oración, sobre todo en los monasterios, con gran beneficio para la Iglesia, en estos años va aumentando también el número de personas que, en movimientos o grupos cada vez más extendidos, dan la primacía a la oración y en ella buscan *la renovación de la vida espiritual.*

66. En medio de los problemas, de las desilusiones y esperanzas, de las declaraciones y retornos de nuestra época, *la Iglesia* permanece *fiel al misterio de su nacimiento.* Si es un hecho histórico que la Iglesia salió del cenáculo el día de Pentecostés, se puede decir en cierto modo que nunca lo ha dejado... La Iglesia persevera *en la oración* como los apóstoles *junto a María...*

La Iglesia, unida a la Virgen Madre, se dirige incesantemente como esposa a su divino esposo, como lo atestiguan las palabras del Apocalipsis que cita el Concilio: *«El Espíritu y la esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven!»* (LG. 4; Apoc. 22,17). La oración de la Iglesia es esta invocación incesante en la que *«el Espíritu mismo intercede por nosotros»...*

CONCLUSIÓN

El Papa termina ésta su encíclica con estas palabras: Deseamos concluir estas consideraciones en el corazón de la Iglesia y en el corazón del hombre. El camino de la Iglesia pasa a través del corazón del hombre porque está aquí el *lugar* recóndito del *encuentro salvífico con el Espíritu Santo*, con el Dios oculto... Desde aquí Él actúa como *consolador, intercesor y abogado, especialmente* cuando el hombre o la humanidad, se encuentra ante el juicio de condena de aquel «acusador», del que el Apocalipsis dice que *«acuda a nuestros hermanos día y noche delante de nuestro Dios»* (12,10).

El Espíritu Santo no deja de ser el *custodio de la esperanza* en el corazón del hombre: la esperanza de todas las criaturas humanas, y especialmente de aquéllas que *«poseen las primicias del Espíritu»* y *«esperan la redención de su cuerpo»* (Rom. 8,23).

El Espíritu Santo es el *«dulce huésped del alma»*, que la Iglesia saluda incesantemente en el umbral de la intimidad de cada hombre. En efecto, Él trae «descanso» y «refrigerio» en medio de las fatigas del trabajo físico e intelectual; trae «descanso» y «brisa» en pleno calor del día, en medio de las inquietudes, luchas y peligros de cada época; trae, por último el

«consuelo» cuando el corazón humano llora y está tentado por la desesperación.

Por esto la misma secuencia exclama: *«Sin tu ayuda nada hay en el hombre*, nada que sea bueno». En efecto, sólo el Espíritu Santo «convence en lo referente al pecado» y al mal, con el fin de instaurar el bien en el hombre y en el mundo: para renovar la faz de la tierra...

A Él, como Paráclito, como Espíritu de la verdad y del amor, se dirige *el hombre que vive de la verdad y del amor* y que sin la fuente de la verdad y del amor *no puede vivir...*

Ante él me arrodillo al terminar estas consideraciones, implorando que, como Espíritu del Padre y del Hijo, nos conceda a todos *la bendición y la gracia,* que deseo transmitir, en el nombre de la Santísima Trinidad, a los hijos y a las hijas de la Iglesia y a toda la familia humana.

Sexta Carta Encíclica

REDEMPTORIS MATER

(Madre del Redentor)

Esta bella encíclica de Juan Pablo II invita a mirar a la *Madre del Redentor* a través del mismo Jesús. Experta en humanidad y sobre todo en asegurar la peregrinación del hombre a su destino, la Iglesia orienta la atención del creyente a María, para asegurarle el encuentro con Cristo, único Salvador. Ella ocupa justamente el privilegiado puesto que Dios quiso otorgarle contando con su libre aceptación. Ella fue elegida para realizar el misterio de la Encarnación y llevar a cabo la redención del mundo, pues por medio de ella vino a nosotros el Redentor...

INTRODUCCIÓN

1. El Papa empieza esta encíclica con las siguientes palabras de San Pablo (las que el Concilio Vaticano II cita al comienzo de la exposición sobre la Virgen María): *«Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer,nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, para que recibiera la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos de Dios es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba, Padre!»* (Gál. 4,4-6).

Estas palabras celebran conjuntamente el amor del Padre, la misión del Hijo, el don del Espíritu, la mujer de la que nació

el Redentor, nuestra filiación divina en el misterio de la «plenitud de los tiempos».

—Esta plenitud señala el momento, fijado desde toda la eternidad, en el cual el Padre envió a su Hijo *«para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna»* (Jn. 3,16).

Esta plenitud señala el momento feliz en el que *«la Palabra que estaba con Dios... se hizo carne y puso su morada entre nosotros* (Jn. 1,1.14), haciéndose nuestro hermano».

—Esta misma plenitud señala el momento en que el Espíritu Santo plasmó en el seno virginal de María la naturaleza humana de Cristo... y este tiempo se convierte en «tiempo de salvación».

2. La Iglesia, confortada por la presencia de Cristo (Mt. 28,20) camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega. Pero en este camino procede recorriendo de nuevo *el itinerario* realizado por la Virgen María, que *«avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz»* (LG. 58).

(Después de estas densas palabras, el Papa recuerda la encíclica *«Christi Matri»* de Pablo VI y sus exhortaciones apostólicas *«Signum Magnum»* y *«Marialis cultus»* los fundamentos y criterios de aquella singular veneración que la Madre de Cristo recibe en la Iglesia).

3. La circunstancia que ahora me empuja a volver sobre este tema, añade el Papa, es *la perspectiva del año dos mil*, ya cercano, en el que el jubileo bimilenario del nacimiento de Jesucristo orienta, al mismo tiempo, nuestra mirada hacia su Madre. En los últimos años se han alzado voces para exponer la oportunidad de hacer preceder tal conmemoración por un análogo jubileo, dedicado a la celebración del nacimiento de María.

En realidad, aunque no sea posible establecer un preciso *punto cronológico* para fijar la fecha del nacimiento de María, es constante por parte de la Iglesia la conciencia de que *María apareció antes de Cristo* en el horizonte de la *historia de la salvación*, y ella desde su concepción inmaculada precedió la venida del Salvador...

Con razón al término del segundo milenio, nosotros los cris-

tianos, que sabemos como el plan providencial de la Santísima Trinidad es la *realidad central de la revelación y de la fe*, sentimos la necesidad de poner de relieve la presencia singular de la Madre de Cristo en la historia, especialmente durante estos últimos años anteriores al dos mil.

4. Nos prepara a esto el Concilio Vaticano II, presentando en su magisterio *a la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia...* Sólo *en el misterio de Cristo se esclarece* plenamente el misterio de la Madre.

El misterio de la Encarnación le ha permitido a la Iglesia penetrar y esclarecer cada vez mejor el misterio de la Madre del Verbo encarnado. En este profundizar tuvo particular importancia el Concilio de Éfeso (a. 431), durante el cual, con gran gozo de los cristianos, la verdad sobre la maternidad divina de María fue confirmada solemnemente como verdad de fe de la Iglesia.

María es la Madre de Dios (Theotókos), ya que por obra del Espíritu Santo concibió en su seno virginal y dio al mundo a Jesucristo, el Hijo de Dios consubstancial al Padre. «El Hijo de Dios... nacido de la Virgen María... se hizo verdaderamente uno de nosotros...» (GS, 22), se hizo hombre.

5. María, como Madre de Cristo, *está unida de modo particular a la Iglesia,* «que el Señor constituyó como su Cuerpo» (LG. 52). El texto conciliar acerca significativamente esta verdad sobre la Iglesia como cuerpo de Cristo (según la enseñanza de las *Cartas* paulinas) a la verdad de que el Hijo de Dios «por obra del Espíritu Santo nació de María Virgen». La realidad en la Encarnación encuentra casi su prolongación *en el misterio de la Iglesia-cuerpo de Cristo.*

6. *La peregrinación de la fe* indica la historia interior, es decir, la historia de las almas, que también es la historia de los hombres sometidos en esta tierra a la transitoriedad y comprendidos en la dimensión de la historia...

«La Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga» (Ef. 5,27), y al mismo tiempo que «los fieles luchan por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso *levantan sus ojos a María*, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos» (LG. 63).

La peregrinación de la fe ya no pertenece a la Madre del Hijo de Dios; glorificada junto al Hijo en los cielos, María ha superado ya el umbral entre la fe y la visión *«cara a cara»* (1 Cor. 13,12). Al mismo tiempo, sin embargo, en este cumplimiento escatológico no deja de ser la «Estrella del mar» para todos los que aún siguen el camino de la fe.

Primera parte

MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO

Cap. 1.º: LLENA DE GRACIA

7. Todos los hombres fuimos incluidos «al comienzo» en la obra creadora de Dios, pues *«nos eligió antes de la creación del mundo»* (Ef. 1,4) y también estamos incluidos en el plan divino de la salvación, por cuanto nos eligió «para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo...

El plan divino de salvación es un plan eterno, que nos ha sido revelado plenamente con la venida de Jesucristo y abarca a todos los hombres, pero reserva un lugar particular a la *«mujer»* que es la Madre de aquél al cual el Padre ha confiado la obra de la salvación.

Como escribe el Concilio Vaticano II, «ella misma es insinuada proféticamente en la promesa dada a nuestros primeros padres caídos en pecado, según el libro del *Génesis* (3,15). Así también, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel, según las palabras de Isaías (7,14). De esta manera el Antiguo Testamento prepara aquella *«plenitud de los tiempos»*, en que Dios *«envió a su Hijo, nacido de mujer..., para que recibiéramos la filiación adoptiva»*.

8. *María es introducida* definitivamente *en el misterio de Cristo* a través de este acontecimiento: la *anunciación* del ángel. Acontece en Nazaret donde el mensajero divino dice a la Virgen: *«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo»* (Lc. 1,28). María *«se conturbó por estas palabras, y discurría qué significarían»*, sobre todo la expresión «llena de gracia».

A la Virgen la saludada por Isabel como *«bendita entre las mujeres»* el ángel la llama *«llena de gracia«* como si éste fuera su verdadero nombre. ¿Qué significa este nombre? En el lenguaje de la Biblia «gracia» significa un don especial que, según el Nuevo Testamento, tiene la propia fuente en la vida trinitaria de Dios mismo, de Dios que es amor (1 Jn. 4,8). Fruto de este amor es la *elección*, que por parte de Dios es la eterna voluntad de salvar al hombre a través de la participación de su misma vida en Cristo, es la salvación en la participación de la vida sobrenatural...

En el misterio de Cristo, María está *presente* ya *«antes de la creación del mundo»* como aquélla que el Padre «ha elegido» *como Madre* de su Hijo en la Encarnación, confiándola eternamente al Espíritu de santidad.

Como enseña el Concilio, María «sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que de Él esperan con confianza la salvación» (LG. 55).

9. *La plenitud de gracia* o cúmulo de dones con que la Virgen es adornada, es porque ha sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo. Si esta elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos de Dios respecto a la humanidad, si la elección eterna en Cristo y la destinación a la dignidad de hijos adoptivos se refieren a todos los hombres, la elección de María es del todo excepcional y única.

El ángel le dice: *«No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo»* (Lc. 1,30-32). Y cuando la Virgen, turbada por aquel saludo extraordinario, pregunta *¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?*, recibe del ángel la confirmación y la explicación de las palabras precedentes. Gabriel le dice: *«El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios»* (Lc. 1,35).

Por consiguiente, la Anunciación es la revelación del misterio de la Encarnación al comienzo mismo de su cumplimiento en la tierra.

Como afirma el Concilio, María es «Madre de Dios Hijo y,

por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, que antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas» (LG. 53).

10. *La Carta a los Efesios*, al hablar de la «historia de la gracia» que *«Dios Padre... nos agració en el Amado»*, añade: *«En Él tenemos por medio de su sangre la redención»* (Ef. 1,7). Según la doctrina, formulada en documentos solemnes de la Iglesia, esta «gloria de la gracia» se ha manifestado en la Madre de Dios por el hecho de que ha sido redimida «de un modo eminente». En virtud de la riqueza de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido *preservada de la herencia del pecado original.*

11. En el designio salvífico de la Santísima Trinidad el misterio de la Encarnación constituye el *cumplimiento* sobreabundante *de la promesa* hecha por Dios a los hombres, *después del pecado original*, después de aquel primer pecado cuyos efectos pesan sobre toda la historia del hombre en la tierra (Gén. 3,15). Viene al mundo un Hijo, el «linaje de la mujer» que derrotará el mal del pecado en su misma raíz: *«aplastará la cabeza de la serpiente»...*

Cap. 2.º: FELIZ LA QUE HA CREÍDO

12. Después de la narración de la Anunciación el Evangelista Lucas nos dice que la Virgen de Nazaret fue a «una ciudad de Judá», según la tradición la actual Ain-Karim y se llegó allí «con prontitud», porque supo por el ángel que su pariente Isabel había concebido en su vejez, porque *para Dios no hay cosa imposible* (Lc. 1,36-37). Esto sucedió por el poder de Dios...

Así, pues, María movida por la caridad se dirige a casa de su pariente. Cuando entra, Isabel, al responder a su saludo y sintiendo saltar de gozo al niño en su seno, «llena de Espíritu Santo», a su vez saluda a María en alta voz: *«Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre»*.

Esta exclamación o aclamación de Isabel entraría posteriormente en el *Ave María*, como una continuación del saludo del

ángel, convirtiéndose así en una de las plegarias más frecuentes de la Iglesia. Pero más significativas son todavía las palabras de Isabel en la pregunta que sigue: ¿De dónde a mí que *la Madre de mi Señor* venga a mí?» (Lc. 1,43). Isabel da testimonio de María: reconoce y proclama que ante ella está la Madre del Señor, la Madre del Mesías.

13. «Cuando Dios revela hay que prestarle *la obediencia de la fe»* (Rom. 1,5; 16,26), y por lo mismo tienen una importancia fundamental las palabras de Isabel: *«¡Feliz la que ha creído!»*, que se refieren en primer lugar al momento «decisivo» de la Anunciación.

«El Padre de las misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de Madre predestinada» (LG. 56). Y María da este consentimiento, después de haber escuchado las palabras del mensajero. Dice: *«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»*. Este *«fiat»* de María —hágase en mí— ha decidido, desde el punto de vista humano la realización del misterio de la Encarnación.

14. Por lo tanto, la fe de María puede *parangonarse* también *a la de Abraham,* llamado por el apóstol *«nuestro padre en la fe»* (Rom. 4,12). En la economía salvífica de la revelación divina la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; la fe de María en la Anunciación da comienzo a la Nueva Alianza.

Como Abraham *«esperando contra toda esperanza, creyó* y fue hecho padre de muchas naciones» (Rom. 4,18), así María, en el instante de la Anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen *(«¿cómo será esto, puesto que no conozco varón?»), creyó* que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en la Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel. *«El que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios»* (Lc. 1,35).

La «obediencia de la fe» por parte de María a lo largo de todo su camino tendrá analogías sorprendentes con la fe de Abraham. Como el Patriarca del Pueblo de Dios, así también María,a través del camino de su *fiat* filial y maternal, *«esperando contra esperanza, creyó»*... Creer quiere decir «abandonarse» en la verdad misma de la palabra de Dios viviente, sa-

biendo y reconociendo humildemente »¡cuán insondables son sus designios *e inescrutables sus caminos!»* (Rom. 11,33).

15. María, cuando en la Anunciación siente hablar del Hijo del que será Madre y al que *«pondrá por nombre Jesús»* (= Salvador), llega a conocer también que al mismo *«el Señor Dios le dará el trono de David, su padre»* y que *«reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin»* (Lc. 1,32-33). En esta dirección se encaminaba la esperanza de todo el pueblo de Israel. El Mesías prometido debe ser «grande», e incluso el mensajero celestial anuncia que *«será grande»*, grande tanto por el nombre de *Hijo del Altísimo*, como por asumir la *herencia de David*. Por tanto debe ser rey, debe reinar en la casa de Jacob. María por medio de la fe, se limitará a decir: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»* (Lc. 1,38)...

16. Siempre a través de este camino de la «obediencia de la fe» María oye algo más tarde *otras palabras*, las palabras pronunciadas por *Simeón*, el hombre justo y piadoso, en el templo de Jerusalén, cuando tomó en brazos al niño Jesús, pues vuelto al Señor, dijo: *«Porque han visto mis ojos al Salvador, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel...»*, y vuelto luego a María, dice: *Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción... Y a ti misma una espada te atravesará el alma»* (Lc. 2,34-35).

El anuncio de Simeón parece como un *segundo anuncio a María*, dado que le indica la concreta dimensión histórica en la cual el Hijo cumplirá su misión, es decir, en la incomprensión y en el dolor... y se le revela que deberá vivir en el sufrimiento su obediencia de fe al lado del Salvador que sufre, y que su maternidad será oscura y dolorosa.

En efecto, después de la visita de los Magos, después de su homenaje, pues *postrándose le adoraron* y ofrecer sus dones, María con el niño *debe huir a Egipto*, bajo la protección diligente de José, porque *«Herodes buscaba al niño para matarlo»* (Mt. 2,13)...

17. Después de la muerte de Herodes, cuando la sagrada familia regresa a Nazaret, comienza el *largo período de vida oculta*... Diariamente junto a ella está el Hijo *a quien ha puesto*

por nombre Jesús; pero bien saber que el que lleva por nombre *Jesús, ha sido llamado por el ángel «Hijo del Altísimo»* y sabe que lo ha concebido y dado a luz «sin conocer varón», por obra del Espíritu Santo, y también sabe que el Hijo dado a luz virginalmente es precisamente aquel «Santo», el «Hijo de Dios» del que le ha hablado el ángel.

A lo largo de la vida oculta de Jesús en la casa de Nazaret, también *la vida de María está «oculta con Cristo* en Dios» (Col. 3,3) *por medio de la fe...* Es la primera de aquellos «pequeños» de los que Jesús dirá: *«Padre... has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños»* (Mt. 11,125). ¿Cómo puede, pues, María «conocer al Hijo?». Ciertamente no lo conoce como el Padre; sin embargo, es *la primera entre aquéllos a quienes el Padre «lo ha querido revelar»* (Mt. 11,26-27), y como Madre está en contacto con la verdad de su Hijo en la fe y por la fe.

Es, por tanto, bienaventurada, porque *«ha creído»* y *cree cada día* en medio de todas las pruebas y contrariedades del período de la infancia de Jesús y luego durante los años de su vida oculta en Nazaret, donde vivía *«sujeto a ellos»* (Lc. 2,51); sujeto a María y también a José, porque éste hacía las veces de padre ante los hombres; de ahí que el Hijo de María era considerado también por las gentes como *«el hijo del carpintero»* (Mt. 13,55).

María, durante muchos años, *permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo*, y avanzaba en su itinerario de fe, medida que Jesús *«progresaba en sabiduría... en gracia ante Dios y ante los hombres»* (Lc. 2,52).

—Cuando después del encuentro en el templo, a la pregunta de la Madre: *«¿Por qué has hecho esto?»*. Jesús, que tenía doce años, responde: *«¿No sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?»* (Jesús haciendo alusión a su misión divina, a todos los negocios humanos antepone los negocios que miran a Dios, y a la persona humana de su padre virginal antepone la Persona de Dios su Padre). Y el evangelista añade: *«Pero ellos* (José y María) *no comprendieron* la respuesta que les dio (Lc. 2,48-50). Por lo tanto, Jesús tenía conciencia de que *«nadie conoce bien al Hijo sino el Padre»* (Mt. 11,27), tanto que

aun aquélla, a la cual había sido revelado más profundamente el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe.

18. El Concilio Vaticano II nos dice de la Santísima Virgen «avanzó en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (Jn. 19,25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de Madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado» (LG. 58).

Cuando su Hijo agoniza sobre la cruz como un condenado, *«despreciable, desecho de los hombres, varón de dolores...»*, ¡cuán grande, cuán heroica en esos momentos la obediencia de la fe demostrada por María ante los «insondables designios» de Dios!...

Por medio de esta fe María está unida perfectamente a Cristo en su despojamiento. En efecto, *«Cristo..., siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres;* concretamente en el Gólgota *«se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz»* (Fil. 2,5-8). A los pies de la cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento... y al mismo tiempo se cumplen las palabras que le dirigió un día Simeón: *«Y a ti misma una espada te atravesará el alma»*.

19. San Ireneo, citado por la Constitución *Lumen gentium*, dice: «El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María, lo que la virgen Eva ató por la incredulidad, la Virgen María *lo desató por la fe*». A la luz de esta comparación con Eva, los Padres de la Iglesia —como recuerda todavía el Concilio— llaman a María «Madre de los vivientes» y afirman a menudo: «La muerte vino por Eva, por María la Vida» (LG. 56).

Con razón, pues, en la expresión *«feliz la que ha creído»* podemos encontrar *como una clave* que nos abre a la realidad íntima de María, a la que el ángel ha saludado como «llena de gracia»...

Cap. 3.: AHÍ TIENES A TU MADRE

20. La Virgen María en el *Magníficat* dijo que *«todas las generaciones la llamaría bienaventurada»* (Lc. 1,48), y San Lucas recoge unas palabras de una mujer anónima, que constituían una alabanza para María como Madre de Jesús según la carne. Aquella mujer dirigiéndose a Jesús, alzó entre la gente su voz diciendo: *«¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!»* (lc. 11,27).

A la bendición proclamada por aquella mujer respecto a su madre según la carne, Jesús responde de manera significativa: *«Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan»* (Lc. 11,28).

Otro día al ser anunciado a Jesús que su *«madre y sus hermanos están fuera y quieren verle»*, responde: *«Mi Madre y mis hermanos son aquéllos que oyen la palabra de Dios y la cumplen»* (Lc. 8,20-21).

Sin duda la Virgen María es la primera entre aquéllos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen. María es digna de bendición por el hecho de haber sido para Jesús, Madre según la carne *(«¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!»)*, pero también y sobre todo porque ya en el instante de la Anunciación ha acogido la Palabra de Dios, porque ha creído, porque fue obediente a Dios, porque guardaba la Palabra y *«la conservaba cuidadosamente en su corazón»* (Lc. 1,38.45; 2,19.51) y la cumplía totalmente en su vida.

21. Es particularmente significativo el texto del *Evangelio de San Juan* que nos presenta a María en las bodas de Caná. María aparece allí como Madre de Jesús al comienzo de su vida pública. *«Se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la Madre de Jesús. Fue también invitado a la boda Jesús con sus discípulos»* (Jn. 2,1-2).

María está presente en Caná de Galilea como *Madre de Jesús*, y de modo significativo *contribuye* a aquel «comienzo de las señales», hechas por Jesús y que revelan su poder mesiánico. He aquí que *«como faltaba vino, le dice a Jesús su Madre: ''No tienen vino''*; Jesús le responde: *«¡Mujer! ¿qué nos va a Mí y a ti? Todavía no ha llegado mi hora»*.

En el Evangelio de Juan aquella «hora» significa el momento determinado por el Padre, en el que el Hijo realiza su obra y debe ser glorificado (Jn. 7,30; 8,20; 12,23...), mas a pesar de esto, María se dirige a los criados y les dice: *«Haced lo que Él os diga»*. Entonces Jesús ordenó a los criados llenar de agua las tinajas, y el agua se convierte en vino, mejor del que se había servido antes a los invitados al banquete nupcial.

Sin duda se dio un entendimiento profundo entre Jesús y su Madre. En el texto joánico se manifiesta la solicitud de María por los hombres, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades. La Virgen *se pone «en medio», o sea, hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de Madre,* consciente de que como tal —más bien «tiene el derecho de»— hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por tanto, tiene un carácter de intercesión: María «intercede» por los hombres.

«Haced lo que Él os diga». *La Madre* de Cristo se presenta ante los hombres como *portavoz de la voluntad del Hijo*, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías. En Caná, merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados. Jesús da comienzo a «su hora». En Caná María aparece como *la que cree en Jesús;* su fe provoca la primera «señal» y contribuye a suscitar la de sus discípulos, pues *«Jesús manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos»* (Jn. 2,11).

22. La solicitud materna de María ha encontrado su expresión *en el magisterio del último Concilio*. En él leemos: «La dimensión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia», porque *«hay un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también»* (1 Tim. 2,5)... La Virgen es Mediadora ante el Mediador... y ella es «nuestra Madre en el orden de la gracia...

23. Si el pasaje del Evangelio de Juan sobre el hecho de Caná presenta la maternidad solícita de María en la economía salvífica de la gracia en su momento culminante, es decir, cuando se realiza el sacrificio de la cruz de Cristo, su misterio pascual. La descripción de Juan es concisa: *«Junto a la cruz de*

Jesús estaba su Madre..., Jesús viendo a su Madre y junto a ella el discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu Madre». Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa (Jn. 19,25-27).

Se puede decir que, si la maternidad de María respecto de los hombres ya había sido delineada precedentemente, ahora es precisada y establecida claramente; ella *emerge* de la definitiva maduración *del misterio pascual del Redentor.* La Madre de Cristo, encontrándose en el campo directo de este misterio que abarca al hombre —a cada uno y a todos—, es entregada al hombre —a cada uno y a todos como madre—. Este hombre junto a la cruz es Juan, *«el discípulo que Él amaba».* Pero no está él solo. Siguiendo la tradición del Concilio no duda en llamar a María *«Madre de Cristo, madre de los hombres»*, pues está unida en la estirpe de Adán a todos los hombres; más aún, es verdadera madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles.

24. Nos encontramos en el centro mismo del cumplimiento de la promesa contenida en el protoevangelio: el *«linaje de la mujer pisará la cabeza de la serpiente».* Jesucristo, en efecto, con su muerte redentora vence el mal del pecado y de la muerte en sus mismas raíces. Es significativo que, al dirigirse a la Madre desde lo alto de la cruz, la llame «mujer» y le diga: *«Mujer, ahí tienes a tu hijo».* Con la misma palabra, por otra parte, se había dirigido a ella en Caná... La Virgen ocupa un singular lugar en toda la economía de la salvación.

Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la cruz significan que la *maternidad* de su Madre encuentra una «nueva» continuación *en la Iglesia y a través de la Iglesia,* simbolizada y representada por Juan.

Segunda parte

LA MADRE DE DIOS EN EL CENTRO DE LA IGLESIA PEREGRINA

Cap. 1.: LA IGLESIA, PUEBLO DE DIOS RADICADO EN TODAS LAS NACIONES DE LA TIERRA

25. «La Iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor, hasta que Él venga (1 Cor. 11,26)... El Concilio Vaticano II habla de la Iglesia en camino, estableciendo una analogía con el Israel de la Antigua Alianza en camino a través del desierto.

El camino posee un *carácter* incluso *exterior*, visible en el tiempo y en el espacio, en el que se desarrolla históricamente. Sin embargo, el carácter esencial de su camino es *interior*. Se trata de *una peregrinación a través de la fe,* por «la fuerza del Señor Resucitado», de una nueva peregrinación en el Espíritu Santo, dado a la Iglesia como invisible Consolador...

Precisamente en este camino, *peregrinación eclesial* a través del espacio y del tiempo, y más aún a través de la historia de las almas, *María está presente,* como la que es «feliz por haber creído», como la que avanzaba *«en la peregrinación de la fe»*, participando como ninguna otra criatura en el misterio de Cristo... Entre todos los creyentes es *como un «espejo»*, donde se reflejan del modo más profundo y claro «las maravillas de Dios» (Hech. 2,11).

26. L Iglesia, edificada por Cristo sobre los apóstoles, se hace plenamente consciente de estas obras grandes de Dios *el día de Pentecostés,* cuando los reunidos en el cenáculo *«quedaron llenos del Espíritu Santo...»*.

Desde aquel momento *inicia* también aquel camino de fe, *la peregrinación de la Iglesia,* a través de la historia de los hombres y de los pueblos. Se sabe que el comienzo de este camino está presente María, a quien vemos en medio de los apóstoles en el cenáculo «implorando con sus ruegos el don del Espíritu» (LG. 59).

El camino de la fe de María, a la que vemos orando en el cenáculo, es por tanto «más largo» que el de los demás reunidos allí: María les *precede*, «marcha delante de ellos» (LG. 63). La misión de los apóstoles comienza en el momento de su salida del cenáculo, y aunque no ha recibido esta misión de ir por todo el mundo a anunciar el Evangelio, ella estaba donde los apóstoles perseverando en la oración, como Madre de Jesús (Hech. 1,13-14).

La Iglesia, desde el primer momento, «miró» a María a través de Jesús, como «miró» a Jesús a través de María. En la Iglesia de entonces y de siempre, María ha sido y es sobre todo la que es *«feliz, porque ha creído»*, ha sido la primera en creer. Desde el momento de la Anunciación y de la concepción, desde el momento del nacimiento en la cueva de Belén, María siguió paso tras paso a Jesús en su maternal peregrinación de fe... Lo siguió a través de todos los años de su vida...

27. Ya en los albores de la Iglesia, al comienzo del largo camino por medio de la que comenzaba con Pentecostés en Jerusalén, María estaba con todos los que constituían el germen del «nuevo Israel». Estaba presente en medio de ellos como un testigo excepcional del misterio de Cristo. Y la Iglesia perseveraba constante en la oración junto a ella y, al mismo tiempo, *«la contemplaba a la luz del Verbo hecho hombre»*.

Las palabras de Isabel *«feliz la que ha creído»* siguen acompañando a María incluso en Pentecostés, la siguen a través de generaciones, allí donde se extiende, por medio del testimonio apostólico y del servicio de la Iglesia, el conocimiento del misterio salvífico de Cristo. De este modo se cumple la profecía del *Magníficat: Me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por Mí: su nombre es santo»* (Lc. 1,48 s.).

28. Como afirma el Concilio: «María... habiendo entrado

íntimamente en la historia de la salvación... mientras es predicada y honrada atrae a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio y hacia el amor del Padre» (LG. 65).

Por tanto, en cierto modo, la fe de María, sobre la base del testimonio apostólico de la Iglesia, se convierte sin cesar en la fe del pueblo de Dios en camino: de las personas y comunidades, de los ambientes y asambleas, y finalmente de los diversos grupos existentes en la Iglesia. Es una fe que se transmite al mismo tiempo mediante el conocimiento y el corazón.

Ahora, cuando en esta peregrinación de la fe nos acercamos al final del segundo milenio cristiano, la Iglesia, mediante el magisterio del Concilio Vaticano II, llama la atención sobre lo que ve en sí misma, como «un único Pueblo de Dios... radicado en todas las naciones de la tierra», y sobre la verdad según la cual todos los fieles, aunque «esparcidos por el haz de la tierra, comunican el Espíritu Santo con los demás» (LG. 13), de suerte que se puede decir que en esta unión se realiza constantemente el misterio de Pentecostés. Al mismo tiempo los apóstoles y los discípulos del Señor, en todas las naciones de la tierras «perseveran en la oración *en compañía de María, la Madre de Jesús»* (Hech. 1,14).

Tal vez se podría hablar de específica «geografía» de la fe y de la piedad mariana, que abarca tantos lugares de especial peregrinación del Pueblo de Dios, como son Roma, Lourdes, Fátima, Guadalupe, Jasna Góra, etc., el cual busca el encuentro con la Madre de Dios para hallar, en el ámbito de la materna presencia de «la que ha creído», la consolidación de la propia fe.

Cap. 2: EL CAMINO DE LA IGLESIA Y LA UNIDAD DE TODOS LOS CRISTIANOS

29. El Espíritu promueve en todos los discípulos de Cristo el deseo y la colaboración *para que todos se unan* en paz, en un rebaño y *bajo un solo pastor,* como Cristo determinó» (LG. 15). El camino de la Iglesia, de modo especial en nuestra época, está marcado por el signo del ecumenismo, los cristianos buscan las vías para reconstruir la unidad, por la que Cristo in-

vocaba al Padre por sus discípulos el día antes de la pasión: *«Para que todos sean uno,* como tu Padre y yo en ti, que ellos también serán uno en nosotros para que el mundo *crea que Tú me has enviado»* (Jn. 17,21).

Por consiguiente, la unidad de los discípulos de Cristo es un gran signo para suscitar la fe del mundo, mientras su división constituye un escándalo (Ur. 1).

Es necesario que los cristianos profundicen en sí mismos y en cada una de sus comunidades aquella «obediencia de la fe», de la que María es el primer y más claro ejemplo.

30. Los cristianos saben que su unidad se conseguirá verdaderamente sólo si se funda en la unidad de su fe. Ellos deben resolver discrepancias de doctrina no leves sobre el misterio y ministerio de la Iglesia y, a veces, también sobre la función de María en la obra de la salvación (Ur. 20)... Es un buen auspicio que la Iglesia Ortodoxa y las antiguas Iglesias orientales y Comunidades eclesiales concuerden con la Iglesia católica en puntos fundamentales de la fe cristiana, incluso en lo concerniente a la Virgen María, pues la reconocen como Madre del Señor y consideran que esto forma parte de nuestra fe en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

31. Las Iglesias que profesan la doctrina de Éfeso proclaman a la Virgen «verdadera Madre de Dios», ya que «Nuestro Señor Jesucristo, nacido del Padre antes de los siglos según la divinidad, en los últimos tiempos, por nosotros y por nuestra salvación, fue engendrado por María Virgen Madre de Dios según la carne.

No sorprende, pues, que María ocupe un lugar privilegiado en el culto de las antiguas Iglesias orientales con una abundancia incomparable de fiestas y de himnos.

32. En la liturgia bizantina, en todas las horas del Oficio Divino, la alabanza a la Madre está unida a la alabanza al Hijo y a la que, por medio del Hijo, se eleva al Padre en el Espíritu Santo. En la anáfora o plegaria eucarística de San Juan Crisóstomo, después de la epíclesis, la comunidad reunida canta así a la Madre de Dios: «Es verdaderamente justo proclamarte bienaventurada ¡oh Madre de Dios!, porque eres la muy bienaventurada, toda pura y Madre de nuestro Dios, etc...».

33. En el II Concilio Ecuménico de Nicea, cuyo XII centenario se ha conmemorado hace poco, fue definido que, según las enseñanzas de los Santos Padres y la tradición universal de la Iglesia, se podían proponer a la veneración de los fieles, junto con la Cruz, también las imágenes de la Madre de Dios, de los Ángeles y los Santos, tanto en las Iglesias como en las casas y los caminos...

34. Tanta riqueza de alabanzas, acumulada por diversas manifestaciones de la gran tradición universal de la Iglesia podría ayudarnos para hacer progresar el diálogo actual entre la Iglesia católica y las Iglesias y Comunidades eclesiales de Occidente, y para la Iglesia en camino, la vía para cantar y vivir de manera más perfecta *su Magníficat.*

Cap. 3.: EL «MAGNÍFICAT» DE LA IGLESIA EN CAMINO

35. La Iglesia, pues, en la presente fase de su camino, trata de buscar la unión de quienes profesan su fe en Cristo para manifestar la obediencia a su Señor que, antes de la pasión, ha rezado por esta unidad. La Iglesia «va peregrinando..., anunciando la cruz del Señor hasta que venga» (LG. 8).

La Virgen Madre está presente en este camino de fe del Pueblo de Dios hacia la luz. Lo demuestra de modo especial *el cántico del Magníficat, salido de la fe profunda de María* en la Visitación y lo prueba su recitación diaria en la Liturgia: *«Proclama mi alma la grandeza del Señor...».*

36. Cuando Isabel saludó a la joven pariente que llegaba de Nazaret, *María respondió con el Magníficat.* En el saludo, Isabel había llamado antes a María «bendita» por el «fruto de su vientre», y luego «feliz» por su fe. Estas dos bendiciones se referían directamente al momento de la Anunciación...

Por esto proclama: *«Ha hecho obras grandes por Mí; su nombre es santo».* Sus palabras reflejan el gozo del espíritu, difícil de expresar: *«Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador».* Porque «la verdad profunda de Dios y de la salvación del

hombre... resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación» (DV. 2).

37. La Iglesia, que desde el principio conforma su camino terreno con el de la Madre de Dios, siguiéndola repite constantemente las palabras del *Magníficat*. Desde la profundidad de la fe de la Virgen en la Anunciación y en la Visitación, la Iglesia llega a la verdad sobre el Dios de la Alianza, sobre Dios que es todopoderoso y hace «obras grandes» al hombre, «su nombre es santo».

En el *Magníficat* la Iglesia encuentra vencido de raíz el pecado del comienzo de la historia terrena del hombre y de la mujer, el pecado de la incredulidad o de la «poca fe» en Dios.

La Iglesia, que aun «en medio de tentaciones y tribulaciones» no cesa de repetir con María las palabras del *Magníficat*, «se ve confortada» con la fuerza de la verdad sobre Dios, proclamada entonces con tan extraordinaria sencillez y, al mismo tiempo, *con esta verdad sobre Dios desea iluminar* las difíciles y a veces intrincadas vías de la existencia terrena de los hombres... *Su amor preferencial por los pobres* está inscrito admirablemente en el *Magníficat* de María...

Tercera parte

MEDIACIÓN MATERNA

Cap. 1.: MARÍA, ESCLAVA DEL SEÑOR

38. La Iglesia sabe y enseña con San Pablo que *uno sólo es nuestro mediador: «Hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos»* (1 Tim. 2,5-6).

«La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder» (LG. 60): es mediación en Cristo, una medición subordinada y participada, esto es, es una *participación de esta única fuente que es la mediación de Cristo mismo.*

La Iglesia sabe y enseña que «todo *el influjo salvífico de la Santísima Virgen* sobre los hombres... dimana del divino beneplácito y *de la superabundancia de los méritos de Cristo;* se apoya en la mediación de Éste, depende totalmente de ella y de la misma saca su poder. Y lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta» (LG. 60).

39. Es necesario considerar una vez más el acontecimiento fundamental en la economía de la salvación, o sea, la Encarnación del Verbo en la Anunciación. Es significativo que María, reconociendo en la palabra del mensajero divino la voluntad del Altísimo y sometiéndose a su poder, diga: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»* (Lc. 1,38).

María da su consentimiento a la elección de Dios para ser la Madre de su Hijo por obra del Espíritu Santo. Puede decirse que este *consentimiento suyo para la maternidad* es obre todo

fruto de la donación total a Dios en la virginidad. María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios guiada por el amor esponsal, que «consagra» totalmente una persona humana a Dios.

Las palabras *«he aquí la esclava del Señor»* expresan el hecho de que desde el principio ella acogió y entendió la propia maternidad como *donación total de sí*, de su persona, al servicio de los designios salvíficos de Dios.

40. Después de los acontecimientos de la Resurrección y de la Ascensión, María, entrando con los apóstoles en el cenáculo a la espera de Pentecostés, estaba presente como Madre del Señor glorificado. Era no sólo la que «avanzó en la peregrinación de la fe» y guardó fielmente su unión con el Hijo «hasta la cruz», *sino también la «esclava del Señor», entregada como Madre a la Iglesia naciente: «He aquí a tu Madre».* Así empezó a formarse una relación especial entre esta Madre y la Iglesia.

Después de la Ascensión del Hijo, su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; intercediendo por todos sus hijos, la Madre coopera en la acción salvífica del Hijo Redentor del mundo.

Al respecto enseña el Concilio: «Esta maternidad de María en la economía de la gracia *perdura sin cesar* hasta la consumación perpetua de todos los elegidos» (LG. 62)... Aún más «asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniendo los dones de la salvación eterna» (LG. 62).

41. María, por su mediación subordinada a la del Redentor, contribuye *de manera especial a la unión de la Iglesia* peregrina en la tierra con la *realidad* escatológica y celestial de la comunión de los santos, habiendo sido ya «asunta a los cielos» (LG. 59).

Con el misterio de la Asunción a los cielos se han realizado definitivamente en María todos los efectos de la única mediación de *Cristo Redentor del mundo y Señor resucitado...* María también está íntimamente unida a Cristo... y redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo (LG. 53), ella tiene también aquella función, de mediadora de cle-

mencia *en la venida definitiva*, cuando todos los de Cristo revivirán, y *«el último enemigo en ser destruido será la muerte»* (1 Cor. 15,26).

Cap. 2.º: MARÍA EN LA VIDA DE LA IGLESIA Y DE CADA CRISTIANO

42. El Concilio Vaticano II, siguiendo la tradición, ha dado nueva luz sobre el papel de la Madre de Cristo en la vida de la Iglesia. «La bienaventurada Virgen, por el don... de la maternidad divina, con la que está unida al Hijo Redentor, y por sus singulares gracias y dones, está también íntimamente unida a la Iglesia. *La Madre de Dios es tipo de la Iglesia,* a saber: en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo (LG. 63).

María creyó que se cumpliría lo que le había dicho el Señor:

—*Como Virgen* creyó que concebiría y daría a luz un Hijo el «Santo», al cual corresponde el nombre de «Hijo de Dios», el nombre de «Jesús» (Dios que salva).

—*Como esclava del Señor*, permaneció perfectamente fiel a la promesa y a la misión de este Hijo.

—*Como Madre, «creyendo y obedeciendo»*, engendró en la tierra al mismo *Hijo del Padre*, y esto sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo» (LG. 63).

Por estos motivos, María «con razón es honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles en todos sus peligros y necesidades acuden con sus súplicas (LG. 66).

43. *La Iglesia «se hace también Madre* mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad» (LG. 64). Igual que María creyó la primera, acogiendo la palabra de Dios que le fue revelada en la Anunciación, y permaneciendo fiel a ella en todas sus pruebas hasta la cruz, así la Iglesia llega a ser Madre cuando, *acogiendo con fidelidad la palabra de Dios*, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios (LG. 64).

La Iglesia custodia también la *fe recibida* de Cristo; a ejemplo de María que guardaba y meditaba en su corazón todo lo relacionado con su divino Hijo, está dedicada a custodiar la palabra de Dios...

44. María está presente en el misterio de la Iglesia como *modelo.* Pero el misterio de la Iglesia consiste también en el hecho de engendrar a los hombres a una vida nueva e inmortal: es su maternidad en el Espíritu Santo. Y aquí María no sólo es modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más. Pues, *«con amor materno coopera a la generación y educación»* a los hijos e hijas de la madre Iglesia.

La piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un *profundo vínculo* entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía; es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental como oriental, en la tradición de las familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos, incluso los juveniles; en la pastoral de los santuarios marianos. *María guía a los fieles a la Eucaristía.*

46. La relación filial, la entrega de un hijo a la Madre, no sólo tiene su *comienzo en Cristo*, sino que se puede decir que definitivamente *se orienta hacia él.* Se puede afirmar que María sigue repitiendo a todos las mismas palabras que dijo en Caná de Galilea: *«Haced lo que Él os diga»*. En efecto, es Él, Cristo, el único mediador entre Dios y los hombres; es Él *«el Camino, la Verdad y la Vida»* (Jn. 4,6); esa Él a quien el Padre ha dado al mundo para que el hombre *«no perezca, sino que tenga vida eterna»* (Jn. 3,16).

La Virgen de Nazaret se ha convertido en la primera «testigo» de este amor salvífico del Padre y desea *permanecer también su humilde esclava siempre y por todas partes.*

47. Durante el Concilio, Pablo VI proclamó solemnemente que *María es Madre de la Iglesia,* es decir, Madre de todo el Pueblo de Dios tanto de los fieles como de los pastores. Más tarde en el año 1968, en la profesión de fe conocida bajo el nombre de «Credo del pueblo de Dios», ratificó esta afirmación de forma aún más comprometida con las palabras «creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo su misión maternal para con los

miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos».

El mismo Pablo VI también dijo: «El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave para la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia».

Cap. 3.º: EL SENTIDO DEL AÑO MARIANO

Esta encíclica viene a terminar con el anuncio de Juan Pablo II de un Año Santo Mariano en el período que precede a la conclusión del segundo milenio del nacimiento e Cristo, y así recordar no sólo que María «ha precedido» la entrada de Cristo Señor en la historia de la humanidad, sino de subrayar además, a la luz de María, que desde el cumplimiento del misterio de la Encarnación la historia de la humanidad ha entrado en la «plenitud de los tiempos» y que la Iglesia es el signo de esta plenitud.

Como ya se celebró este Año Mariano, terminaré con esta invocación de la Iglesia, que el Papa elevó a María:

«Salve Madre soberana del Redentor, puerta del cielo, siempre abierta, estrella del mar, socorre al pueblo que sucumbe y lucha por levantarse, tú que para asombro de la naturaleza has dado el ser humano a tu Creador».

Séptima Carta Encíclica

SOLLICITUDO REI SOCIALIS

(Preocupación por los problemas sociales)

Esta encíclica de Juan Pablo II es un documento de gran importancia en el que viene a insistir en la «Preocupación social» de la Iglesia, orientada a la defensa de la persona humana y pretende ofrecer al mundo un nuevo elemento de luz para la construcción de la sociedad. Todo ello al cumplirse veinte años de la «Populorum progressio». El tema de esta encíclica de Pablo VI y el de la presente de Juan Pablo II es el mismo: el desarrollo de los pueblos.

Cap. 1.º: INTRODUCCIÓN

1. El Magisterio de los Romanos Pontífices, a partir sobre todo de la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, se han preocupado por iluminar con sus diversos documentos aspectos también nuevos de la doctrina social de la Iglesia, de tal modo que ya se ha formado un «corpus» doctrinal renovado...

2. *En este notable cuerpo de enseñanza social* se encuentra y distingue la encíclica *«Populorum progressio»* de Pablo VI, de constante actualidad, como lo han dado a entender las conmemoraciones que sobre ella han tenido lugar, de tal modo que la Pontificia Comisión *Iustitia et Pax* pidió a los Sínodos de las Iglesias Orientales así como a las conferencias episcopales,

opiniones y propuestas sobre el mejor modo de celebrar el aniversario de esta encíclica...

Juan Pablo II, teniendo en cuenta las respuestas dadas, ha creído conveniente dedicar una encíclica al tema de la *Populorum Progressio.*

3. Con esto se propone alcanzar principalmente dos objetivos de no poca importancia: por un lado, rendir homenaje a este histórico documento de Pablo VI y a la importancia de su enseñanza; por otro, afirmar una vez más *la continuidad* de la doctrina social junto con su constante renovación.

Ésta es una doctrina social *constante*, ya que se funda en el Evangelio y allí busca sus orientaciones, y *nueva*, puesto que permanentemente se adapta a la variación de las condiciones históricas.

4. Convencido el Papa, de que las enseñanzas de la encíclica *«Populorum Progressio»*, dirigidas a los hombres y a la sociedad de la década de los sesenta, conservan toda su fuerza de *llamado a la conciencia*, ahora en la recta final de los ochenta, en un esfuerzo por trazar las líneas maestras del mundo actual —siempre bajo la óptica del motivo inspirador, «el desarrollo de los pueblos», bien lejos todavía de haberse alcanzado—, se propone prolongar su eco, uniéndolo con las posibles aplicaciones al actual momento histórico, tan dramático como el de hace veinte años.

En consecuencia, *la configuración del mundo* en el curso de los últimos veinte años, aún manteniendo algunas constantes fundamentales, ha sufrido notables cambios y presenta aspectos totalmente nuevos.

La presente *reflexión* tiene la finalidad de subrayar, mediante la ayuda de la investigación teológica sobre las realidades contemporáneas, la necesidad de una concepción más rica y diferenciada del desarrollo... y de indicar asimismo algunas formas de actuación.

Cap. 2.º: NOVEDAD DE LA ENCÍCLICA «POPULORUM PROGRESSIO»

5. El documento del Papa Pablo VI, ya en su aparición, llamó la atención de la opinión pública por *su novedad*. La tentativa de volver a descubrir numerosos aspectos de esta enseñanza, a través de una lectura atenta de la encíclica, constituirá el hilo conductor de la presente reflexión.

El hecho mismo de que Pablo VI tomara la decisión de publicar su *encíclica social* en 1967, nos lleva a considerar el documento en relación, al Concilio Ecuménico Vaticano II que se había clausurado el 8 de diciembre de 1965.

Aplicación de las enseñanzas del Concilio

6. Se puede afirmar que la encíclica *Populorum progressio* es como un documento de *aplicación a las enseñanzas del Concilio*, y como respuesta a la llamada del mismo, con la que empieza la Constitución *Gaudium et spes*: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y tristezas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (GS. 1).

Estas palabras expresan *el motivo fundamental* que inspiró el gran documento del Concilio, el cual parte de la constatación de la situación de *miseria* y de subdesarrollo, en las que viven tantos millones de hombres.

Esta *miseria* y el *desarrollo* son, bajo otro nombre, «las tristezas y las angustias» de hoy, sobre todo de los pobres»; ante este vasto panorama de dolor y sufrimiento, el Concilio quiere indicar horizontes de «gozo y esperanza».

7. En el *orden temático*, siguiendo la gran tradición de la enseñanza social de la Iglesia, propone directamente la *nueva exposición* y la rica *síntesis*, que el Concilio ha elaborado de modo particular en la Constitución *Gaudium et spes*... y por lo que hace al tema del desarrollo, propio de la encíclica, insiste

sobre el «deber gravísimo», que atañe a las naciones desarrolladas.

Desarrollo de los pueblos

8. En la encíclica de Pablo VI se reconocen tres aspectos claves: la insistencia en que lo económico-social tiene un carácter ético-cultural, la novedad por la amplitud de horizontes y el poner de relieve que si no se cuida la vertiente espiritual y humana no cabe hablar de desarrollo digno del hombre.

Particularizando diremos que el documento de Pablo VI (que está en sintonía con la encíclica de León XIII) hay que reconocer el mérito de haber señalado el carácter ético y cultural de la problemática relativa al desarrollo y asimismo a la legitimidad y *necesidad* de la intervención de la Iglesia en este campo. Con esto, la doctrina social cristiana ha reivindicado una vez más su carácter de *aplicación* de la palabra de Dios a la vida de los hombres y de la sociedad así como a las realidades terrenas, que con ellas se enlazan, ofreciendo «principios de reflexión», «criterios de juicio» y «directrices de acción»... con orientación a *la conducta moral*.

Universalidad de la cuestión social

9. La novedad de la *Populorum Progressio* se manifiesta por la amplitud de horizonte, es decir, por haber adquirido la cuestión social una dimensión mundial, lo cual no significa que haya disminuido su *fuerza de incidencia* o haya perdido su importancia en el ámbito nacional o local. Significa, por el contrario, que la problemática en los lugares de trabajo o en el movimiento obrero y sindical de un determinado país no debe considerarse como algo aislado, sin conexión, sino que depende de modo creciente del influjo de factores existentes por encima de los confines regionales o de las fronteras nacionales.

Por desgracia bajo el aspecto económico, los países en vías de desarrollo son muchos más que los desarrollados, y las mul-

titudes humanas que carecen de los bienes y de los servicios ofrecidos por el desarrollo son *bastante más numerosas* que las que disfrutan de ellos.

El verdadero desarrollo *no puede* consistir en una mera acumulación de riquezas o en la mayor disponibilidad de los bienes y de los servicios, si esto se obtiene a costa del subdesarrollo de muchos, y sin la debida consideración por la dimensión social, cultural y espiritual del ser humano.

Debemos tener presente que Pablo VI al declarar que la cuestión social ha adquirido una dimensión mundial, se propone ante todo señalar un *hecho moral*, que tiene su fundamento en el análisis objetivo de la realidad... y la obligación moral debe traducirse como «deber de solidaridad»...

«El desarrollo es el nuevo nombre de la Paz»

10. Son muy significativas estas palabras de Pablo VI comentadas por Juan Pablo II: «Las poblaciones excluidas de la distribución equitativa de los bienes, destinados en origen de todos, podrían preguntarse: ¿Por qué no responder con la violencia a los que, en primer lugar, nos tratan con violencia?

¿Cómo justificar el hecho de que *grandes cantidades de dinero*, que podrían y deberían destinarse a incrementar el desarrollo de los pueblos, son, por el contrario, utilizadas para el enriquecimiento de individuos o grupos, o bien asignadas al aumento de arsenales, tanto en los países desarrollados como en aquellos en vías de desarrollo, trastocando de este modo las verdaderas prioridades?».

Esto es aún más grave vistas las dificultades que a menudo obstaculizan el paso directo de los capitales destinados a ayudar a los países necesitados.

Si «el desarrollo e el nuevo nombre de la paz», la guerra y los preparativos militares son el mayor enemigo del desarrollo integral de los pueblos.

Como acertadamente nos recuerda la *carta* de Santiago: el egoísmo es la fuente de donde tantas guerras y contiendas... de vuestras voluptuosidades que luchan en vuestros miembros. *Codiciáis y no tenéis*» (4,1 ss.).

Por el contrario, en un mundo distinto, dominado por la solicitud por el *bien común* de toda la humanidad, o sea, por la preocupación por el «desarrollo espiritual y humano de todos», en lugar de la búsqueda del provecho particular, la paz será *posible* como fruto de una «justicia más perfecta entre los hombres».

Cap. 3.º: PANORAMA DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO

11. La enseñanza fundamental de la encíclica *Populorum progressio* tuvo en su día un gran eco por su novedad, mas en la actualidad no se puede decir que sea exactamente *igual* al de hace veinte años, y es por lo que Juan Pablo II quiere detenerse en hacer una breve exposición, siempre bajo el punto de vista del «desarrollo de los pueblos».

La esperanza de desarrollo, muy lejana de la realidad

12. Pablo VI no se hacía ilusión alguna y se limitaba a proponer a la conciencia de todos las obligaciones urgentes de contribuir a resolverla. Entonces por encima de los esfuerzos de cada país, la organización de las Naciones Unidas promovió consecutivamente *dos decenios de desarrollo*, y se tomaron medidas con el fin de ayudar a muchas naciones...

13. Aunque hay que alabar múltiples iniciativas de los últimos tiempos encaminadas a mejorar la situación de los trabajadores y extender los beneficios del progreso, si bien se han podido alcanzar algunos resultados, en general no se puede negar que la actual situación del mundo, bajo el aspecto de desarrollo, ofrece una impresión *más bien negativa*, pues de hecho una *multitud ingente de hombres y mujeres*, niños, adultos y ancianos... que sufren el peso intolerable de la miseria, y son muchos los millones que carecen de esperanza debido al hecho de que, en muchos lugares de la tierra, su situación se ha agravado sensiblemente.

Ante estos dramas de total indigencia y necesidad, en que

viven muchos de nuestros hermanos y hermanas, es el mismo Señor Jesús quien viene a interpelarnos.

Alargamiento del abismo entre Norte y Sur

14. Al igual que existen desigualdades sociales hasta llegar a los niveles de miseria en los países ricos, también, de forma paralela, en los países menos desarrollados se ven a menudo manifestaciones de egoísmo y ostentación, desconcertantes y escandalosas.

A la abundancia de bienes y servicios disponibles en algunas partes del mundo, sobre todo en el Norte desarrollado, corresponde en el Sur un inadmisible retraso y es precisamente en esta zona geopolítica donde vive la mayor parte de la humanidad.

A lo dicho hay que añadir todavía *las diferencias de cultura* y de los sistemas de valores entre los distintos grupos de población, que no coinciden siempre con el grado de *desarrollo económico,* sino que contribuyen a crear distancias. Así los países en vías de desarrollo, especialmente los más pobres, se encuentran en una situación de gravísimo retraso.

Indicadores del Subdesarrollo

15. En el mundo actual se dan muchas *formas de pobreza.* Y en realidad, ciertas carencias o privaciones merecen tal vez este nombre. La negación o limitación de los derechos humanos, como por ejemplo, el derecho a la libertad religiosa, el derecho a participar en la construcción de la sociedad, la libertad de asociación o de formar sindicatos o de tomar iniciativas en materia económica, que no dejan de empobrecer a la persona humana...

Las formas, pues, de pobreza no son únicamente el hambre, la falta de vivienda..., también otras plagas como el analfabetismo, las discriminaciones por motivos políticos, étnicos, religiosos, y la falta de respeto a otros fundamentales derechos.

Causas de este empeoramiento

16. La responsabilidad de este empeoramiento tiene causas diversas. Hay que indicar las indudables graves omisiones por parte de las mismas naciones en vías de desarrollo, y especialmente por parte de los que detentan su poder económico y político. Pero tampoco podemos soslayar la responsabilidad de las naciones desarrolladas, que no siempre, al menos en la debida medida, han sentido el deber de ayudar a aquellos países que se separan cada vez más del mundo del bienestar al que pertenecen.

No obstante, es necesario denunciar la existencia de unos *mecanismos* económicos, financieros y sociales, los cuales aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros.

Es necesario someter en el futuro estos mecanismos a un análisis atento bajo el aspecto ético-moral.

La *Populorum progressio* preveía ya que con semejantes sistemas aumentaría la riqueza de los ricos, manteniéndose la miseria de los pobres.

Crisis de la vivienda

17. Dentro de los países ricos se encuentran. aunque en menor medida, las manifestaciones *más específicas del subdesarrollo*... Entre los *indicadores específicos* de este subdesarrollo, hay dos particularmente reveladores de una situación dramática: la *crisis de la vivienda y el desempleo.*

Hay millones de seres humanos carentes de una vivienda adecuada o hasta sin vivienda alguna y es necesario despertar la conciencia de todos y de encontrar una solución a este grave problema. La falta de vivienda se verifica a nivel *universal*, y se debe en parte al fenómeno siempre creciente de la urbanización. La falta de vivienda, que es un problema en sí mismo bastante grave, es digno de ser considerado como signo o síntesis de toda una serie de insuficiencias económicas, sociales y culturales... Estamos, pues, lejos del auténtico desarrollo de los pueblos.

Desempleo y subdesempleo

18. No hay persona que no se dé cuenta de la *actualidad* y de la *creciente gravedad* de semejante fenómeno en los países industrializados... «No se puede menos de quedar impresionados ante un *hecho desconcertante* de grandes proporciones», es decir, que «existen... grupos enteros de desocupados o subocupados...».

Como el precedente, también este fenómeno, por su carácter universal y en cierto sentido *multiplicador*, representa un signo sumamente indicativo, por su incidencia negativa, del estado y de la calidad del desarrollo de los pueblos, ante el cual nos encontramos hoy.

La deuda internacional

19. Este fenómeno de la deuda internacional —si bien no se encuentra en todos los lugares—, es sin duda indicador de la *interdependencia existente* entre los países desarrollados y menos desarrollados.

La razón que movió a los países en vía de desarrollo a acoger el ofrecimiento de abundantes capitales disponibles fue la esperanza de poderlos invertir en actividades de desarrollo. En consecuencia, la disponibilidad de los capitales y el hecho de aceptarlos a título de préstamo puede considerarse una contribución al desarrollo mismo, cosa deseable y legítima en sí misma, aunque quizás imprudente y en alguna ocasión apresurada, ya que el instrumento elegido para dar una ayuda al desarrollo se ha transformado en un *mecanismo contraproducente.*

La razón es porque sucede que los países endeudados, para satisfacer los compromisos de la deuda, se ven obligados a exportar los capitales que serían necesarios para aumentar o, incluso, para mantener su nivel debido, y por lo mismo no pueden obtener nuevas fuentes de financiación.

Dos bloques contrapuestos: Capitalismo liberal y Colectivismo marxista

20. La existencia de dos bloques, designados comúnmente con los nombres convencionales de Este y Oeste, o bien de Oriente y Occidente, son bloques contrapuestos, y la contraposición es ante todo *política*, en cuanto cada bloque encuentra su identidad en un sistema de organización de la sociedad y de la gestión del poder, que intenta ser alternativo al otro; a su vez, la contraposición política tiene su origen en una contraposición más profunda que es de orden *ideológico*.

Es inevitable que la *contraposición ideológica*, al desarrollar sistemas y centros antagónicos de poder, con sus formas de propaganda y de doctrina, se convirtiera en una creciente *contraposición militar,* dando origen a dos bloques de potencias armadas, cada uno desconfiado y temeroso del prevalecer ajeno.

Si en el momento actual tal peligro parece que es más remoto, aun sin haber desparecido completamente, y si se ha llegado a un primer acuerdo sobre la destrucción de cierto tipo de armamento nuclear, la existencia y la contraposición de bloques no deja de ser todavía un hecho real y preocupante, que sigue condicionando el panorama mundial.

Actitud crítica de la Iglesia

21. La tensión *entre Oriente y Occidente* no refleja por sí una oposición entre dos diversos grados de desarrollo, sino más bien entre dos *concepciones* del desarrollo mismo de los hombres y de los pueblos, de tal modo imperfectas que exigen una corrección radical.

Ésta es una de las razones por las que la doctrina social de la Iglesia asume una actitud crítica tanto ante el capitalismo liberal como ante el colectivismo marxista.

Tendencia al imperialismo

22. Los países subdesarrollados, en vez de transformarse en *Naciones autónomas*, preocupadas de su propia marcha hacia la justa participación de los bienes y servicios destinados a todos, se convierten en piezas de un mecanismo y de un engranaje gigantesco...

Cada uno de los dos *bloques* lleva oculta internamente, a su manera, la tendencia al *imperialismo*, como se dice comúnmente, o a formas de neocolonialismo: tentación nada fácil en la que se cae muchas veces, como enseña la historia incluso reciente. Esta situación anormal impide radicalmente la cooperación solidaria de todos por el bien común del género humano, con perjuicio sobre todo de los pueblos pacíficos, privados de su derecho de acceso a los bienes destinados a todos los hombres.

Producción y comercio de armas

23. La afirmación de la encíclica *Populorum progressio*, de que los recursos destinados a la producción de armas deben ser empleados en aliviar la miseria de las poblaciones necesitadas, hace más urgente el llamado a superar la contraposición entre los dos bloques. Hoy, en la práctica, tales recursos sirven para asegurar que cada uno de los bloques pueda prevalecer sobre el otro...

Cuando Occidente parece inclinarse a unas formas de aislamiento creciente y egoísta, y Oriente, a su vez, parece ignorar por motivos discutibles su deber de cooperación para aliviar la miseria de los pueblos, uno se encuentra no sólo ante una tradición de las legítimas esperanzas de la humanidad con consecuencias imprevisibles, sino ante una defección verdadera y propia respecto de una obligación moral.

24. Si la producción de armas es un grave desorden que reina en el mundo respecto a las verdaderas necesidades de los hombres y al uso de los medios adecuados para satisfacerlas, no es menos el comercio de las mismas. Más aún, a propósito